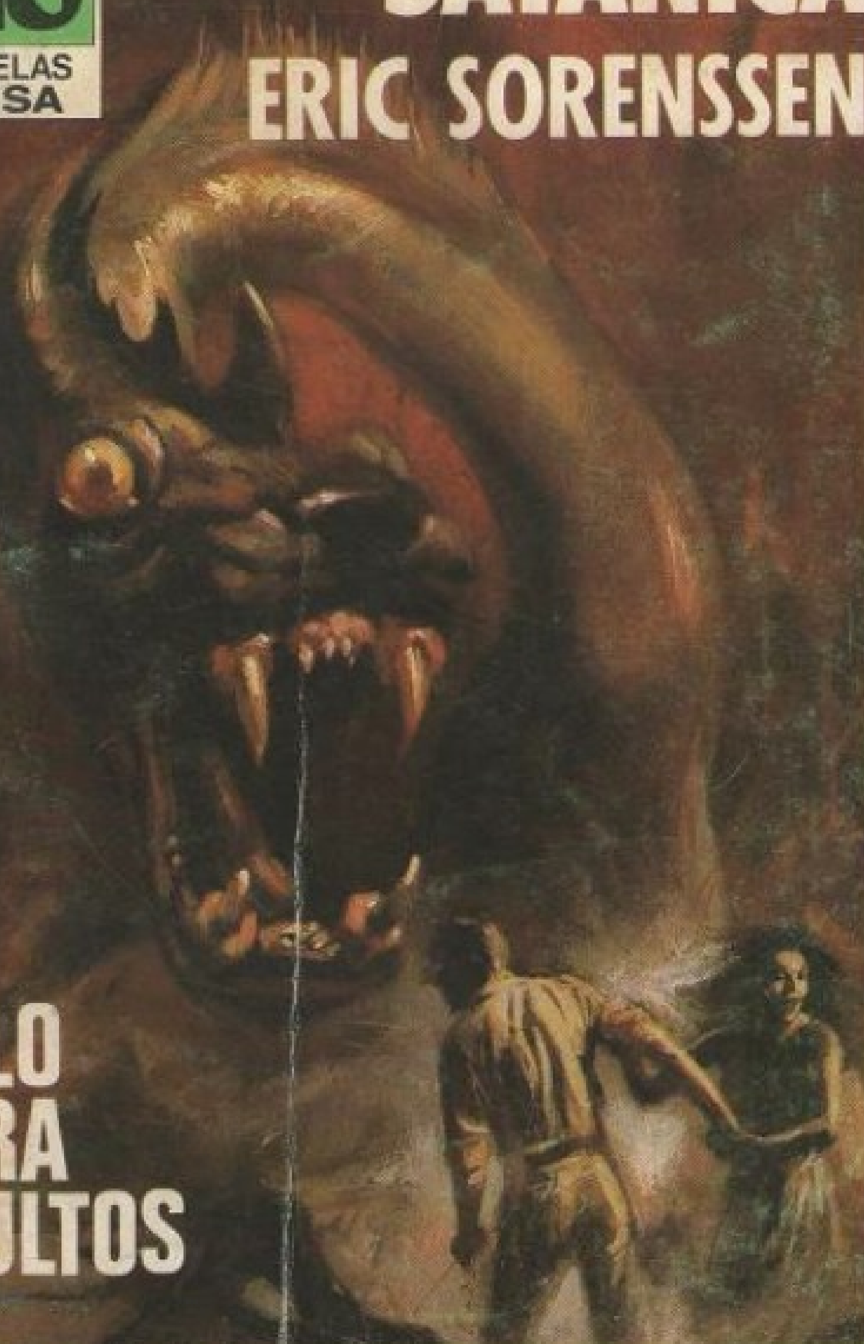
héroes del ESPACIO

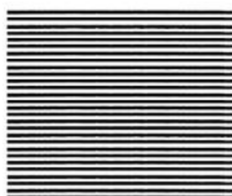
NOVELAS ECSA

PREMONICION SATANICA

ERIC SORENSSEN

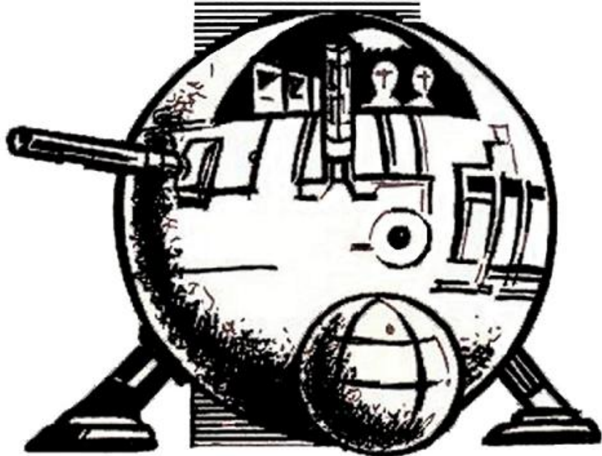


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ERIC SORENSSEN

PREMONICIÓN SATÁNICA

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 117
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 19.126 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: julio 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION

112.-¡Pesadilla!, Alan Parker

113.-Destino: Thanatos, Elliot Dooley

114.-La última peste, Law Space

115.-Las **cruzados del tiempo,** Rocco Sarto

116.-Elite cósmica, Joseph Lewis

CAPITULO PRIMERO

Los demonios lanzaban dardos de fuego contra él. Uno de los dardos atravesó su cerebro, quemándole parte de la chaqueta que Gerry le había prestado para la fiesta de Lizzy. Betty no debía ver esa chaqueta. El demonio mayor se acercó a él con un tridente en la mano. «Tienes que venir con nosotros», dijo.

El calor era sofocante en ese infierno. Al se sacudió un par de demonios de encima, pero eran demasiados para deshacerse de todos. El calor persistió. En la nave espacial no cabían todos con comodidad, por lo que él tenía que estar continuamente moviéndose para poder respirar. Los demonios que lo flanqueaban le hacían burla con obscenos gestos de sus manos. «Lizzy, eres una guarra», dijo a la chica, que no por eso dejó de reír y hacer groserías. «No debí haber venido», se dijo a sí mismo Al. «¿Es que ya no te gusta mi trasero?», se quejó ella.

Otro de los dardos de fuego le atravesó el cerebro. Sintió un vivo dolor en toda la cabeza, en tanto uno de los demonios se sentaba sobre su pecho. Como era un demonio muy gordo, le impedía respirar. La sensación de asfixia se fue agudizando cada vez más, hasta que pudo quitarse la piedra que oprimía su tórax. Estaba en una tierra desconocida, en la que los árboles crecían al revés. Todo era gris y negro, menos las serpientes, que eran verdes. La ciudad no existía.

«Esta es la tierra de bururur...», la voz del marciano se diluyó en un susurro y Al no pudo entender el nombre de esa tierra. Tampoco le importaba mucho porque llegaría tarde al instituto. Se metió en el vagón del metro, que comenzó a elevarse por los aires. «Tengo miedo de caerme, mamá», dijo a su madre, pero ésta *siguió guisando, sin* hacerle el menor caso. «Nunca me haces caso, mamá», protestó él, aunque el ruido de los motores del avión impidió que su madre le oyera. «¿Por qué no funciona el aire acondicionado?», preguntó a la azafata, ya que el calor hacía irrespirable la atmósfera de la cabina. «¿Acaso no sabe que estamos en el planeta rojo?», se indignó la chica. La miró con más detención, para descubrir que se trataba de un demonio. Intentó evitarlo, pero ya era tarde: otro dardo de fuego penetró en su cerebro. Y el demonio volvió a sentarse sobre su pecho. El calor, la náusea, la asfixia... Habría que luchar. Al,

decidido, levantó la inmensa pesa de dos mil kilos, mientras los dardos explotaban…

Despertarse no disminuyó su dolor de cabeza ni la sensación de náusea, pero darse la vuelta y ponerse boca arriba sí disminuyó la sensación de asfixia. No necesitó mirar el reloj, porque los tamizadores rayos solares que se colaban entre los visillos le autorizaban a suponer que la mañana estaba más que iniciada. «Seguiré durmiendo…»

Pero recordó que era domingo. El domingo en que él y Betty tenían que hacer la postergada excursión a la montaña. Y era un día de sol radiante… Rumiando maldiciones contra Lizzy, sus cócteles y él mismo por ser tan idiota, apartó las mantas y, entre dardos de fuego que atravesaban su cerebro, saltó de la cama y se encaminó al cuarto de baño.

* * *

—Tenía tantos deseos de que hiciéramos esta excursión…

Pero no era cierto. Hubiera dado cualquier cosa por estar en la bañera, refrescándose sin prisas. «No debí haber ido a casa de Lizzy», se repitió por centésima vez. Esa chica se había convertido en una tentación irresistible. «Amo a Betty y deseo a Lizzy», ¿eso era normal? ¿Se puede querer a una chica y desear a otra? ¿No sería mejor…?

—¡Albert Williamson, no me estás escuchando!

Sin perder de vista la carretera, giró casi noventa grados su cabeza para mirarla.

—Perdóname, querida; sabes que cuando estoy conduciendo…

—Sé que cuando estás conduciendo puedes escucharme, si es que *deseas* hacerlo.

Él sonrió y le palmeó afectuosamente una rodilla.

—Betty, eres terrible. Bien, tienes razón, no te estaba escuchando. Sabes que el contrato con la Harvester me tiene muy preocupado.

Al vendía implementos agrícolas por cuenta de una gran fábrica. Si la Harvester le compraba todo lo que él quería venderle, su comisión sería muy jugosa. Expresó sus pensamientos en voz alta.

—*¿Cuánto* de jugosa? —ronroneó Betty.

Al se esponjó al oírla. Por más que pudiera desear a Lizzy, nunca pensaría en casarse con ella, en cambio Betty…

—Lo suficiente como para pensar en boda —dijo, sin medir la peligrosidad de sus palabras.

Betty se acurrucó junto a él.

—Al… ¡Deseaba tanto oírte decir eso!

—Bueno… —retrocedió el muchacho—. Eso depende de que la Harvester se decida y aun así…

—No se trata de casarnos hoy, querido. Se trata de que *quieras* casarte.

—¿Acaso tenías dudas al respecto?

—No, no… —pero sí que las tenía. Especialmente en días como ése, en que la evidente dispersión mental de Al hablaba de francachelas y, así lo temía Betty, de otras mujeres.

La carretera comenzó a ascender abruptamente, haciendo saber a los ocupantes del coche que ya estaban en las primeras estribaciones de los Alleghanys. Era julio y el calor en Charleston era abrumador, pero ya empezaba a cambiar la temperatura, gracias al aire fresco que procedía de las montañas y penetraba a raudales por las abiertas ventanillas.

—Qué bien se está aquí arriba —comentó Betty, desperezándose como para quitarse todo el bochorno de la ciudad.

El frescor y el comentario de la chica devolvieron a la mente de Al el recuerdo de su pesadilla pasada.

Anoche tuve una pesadilla —comentó.

—Mi abuela materna decía siempre que las pesadillas son el castigo de una conciencia culpable —contestó Betty con intención.

Al esbozó la más inocente sonrisa que pudo extraer de su conciencia culpable.

—En mi caso, no se trata de pecado, sino de whisky —dijo.

—Habrás pasado la noche…

—«Pasado la noche» es una exageración. Cené con Bob y después fuimos a «Paradiso», a escuchar la orquesta y tomar unas copas.

En «Paradiso» se baila.

—Así es, pero como ni Gerry ni Bob quisieron bailar conmigo, no pude hacerlo.

Ella no tuvo más remedio que reír.

—Cuéntame tu pesadilla —agregó en tono conciliador.

Se acomodó en el asiento antes de hablar. El espectáculo de montañas, pinos y cielo azul era muy hermoso. Se sintió bien contento de tener a Betty a su lado.

—Bah... No tiene importancia. La típica mezcla de alcohol y calor, ya sabes.

—Aún falta bastante para White Springs. Cuéntamelo.

—Si insistes... Se trataba de unos demonios que atravesaban mi cabeza con dardos de fuego...

—¿Dardos de fuego? ¡Qué horrible...!

—Lo era. Nunca pases del tercer whisky.

—Muy difícil será que pase alguna vez del primero. ¿Qué otras cosas te ocurrían?

—Bueno... Había un demonio gordo que se complacía en sentarse sobre mi pecho y asfixiarme, pero lo más curioso fue lo de la nave...

—¿Qué nave? ¿No estabas en el infierno?

—Ya sabes cómo son los sueños. Pasas de una cosa a otra... Era una especie de nave espacial o platillo volante Bueno, como uno se imagina que son los platillos volantes. Había unos tipos... Primero estaban los demonios que eran muchos y no me dejaban sitio, pero después los demonios habían desaparecido, reemplazados por tipos muy altos...

—¿Y guapos?

—Yo nunca encuentro guapos a los hombres. Eran altos, tenían ropas de astronautas y hablaban en un idioma desconocido para mí.

—Eran marcianos.

—Eran malos.

Ella le miró, momentáneamente sorprendida y después nuevamente sonriente.

—Vaya, parece que eran *muy* malos —comentó. Al se la quedó mirando.

—¿Cómo sabes que eran malos? —preguntó, con tono de sorpresa.

Betty hizo un gesto de impaciencia, el tema comenzaba a aburrirle.

—Porque tú me lo dijiste —contestó. —¿Que yo te lo dije...?

—Oye, Al, ¿me estás tomando el pelo? Yo dije: «Eran marcianos», y tú contestaste: «Eran malos».

—¿Eso dije? —el tono seguía siendo de sorpresa—. Pues no lo

recuerdo.

—Qué más da. El sueno, el calor y las consecuencias del whisky hay que dejarlos abajo. Mira qué hermoso es todo esto...

Lo era. Al volvió a poner su mano sobre las rodillas de Betty y esta vez la dejó allí, mientras el coche seguía ascendiendo la empinada pendiente.

* * *

Eligieron un lugar casi idílico, junto a un pequeño rio que descendía de la montaña. Por esas fechas el cauce llevaba poca agua, pero el espectáculo era grato y refrescante. Por otra parte, la vegetación era tupida junto a sus orillas, no así en el resto de la meseta, más bien árida y rocosa.

Bajo la sombra de un árbol bajo, pero de poblada copa, comieron las viandas que Betty se encargara de llevar. Se habían besado no bien llegaron al solitario paraje, pero las efusiones no habían pasado de allí. Echados uno junto al otro, sobre la suave hierba, Al, ya repuesto de sus excesos nocturnos, se estaba preguntando si no habría llegado el momento de hacer...

Primero sintió como si una luz deslumbradora le encegueciera, después creyó estar sufriendo un sueño de borrachera y, por último, ya desaparecida la luz, se atrevió a abrir los ojos.

Un ser vivo, que podía tomarse por humano, aunque Al no creyó que lo fuera, estaba de pie ante él. Vestía ropas parecidas a las de los astronautas, protegía su cabeza con un casco y le estaba hablando.

—...no le haremos daño. Venga con nosotros —estaba diciendo.

Al estaba fascinado por la aparición, demasiado trastornado como para pensar en una respuesta. Siguió mirando en aterrado silencio al desconocido ser.

—Le repito que nada debe temer. Venga conmigo.

Comenzando a salir de su obnubilación, Al se acordó de Betty. Le echó una mirada, y se tranquilizó viéndola dormida.

—No se preocupe por ella —dijo el ser—. Dormirá hasta su regreso.

—*¿Mi regreso...?*

—Queremos que haga un corto viaje.

—Pero...

—Es necesario —Al se preguntaba de dónde salía la voz, ya que el casco no parecía tener aberturas. Por otra parte, aquel ser hablaba perfectamente su idioma—. Tiene que venir —insistió—. De usted depende la salvación de la Tierra.

—Un momento —Al empezaba a ponerse nervioso—. ¿Se trata de una de esas audiciones de la tele?

El otro le miró sin comprender. Pero en ese instante los ojos de Al fueron más allá del individuo, para descubrir una pequeña y redonda nave espacial posada a medio centenar de metros de donde ellos se hallaban.

—¿Quién es usted? —preguntó, con voz que delataba su temor.

—Soy el Capitán Kil, de las Fuerzas de Tellen.

—No sé de qué me está hablando.

—Tellen es una Federación de Planetas. Estamos más cerca de la Tierra de lo que los humanos imaginan.

—¿Adónde quiere llevarme?

—A Lena, nuestra capital.

—Usted está loco. Todo esto debe tratarse de una estúpida broma...

—Se trata de un intento para salvar la Tierra y para salvarnos a nosotros mismos. Venga conmigo. No le haremos ningún daño pero, si se niega a venir, le obligaré a hacerlo.

El llamado Kil no parecía estar armado, pero Al no se atrevió a desafiarlo.

—¿Y mi novia? —preguntó, en tácita señal de rendición.

—Ya se lo he dicho: dormirá hasta su regreso.

Al se puso de pie y siguió al otro hacia la nave.

Después el americano poco recordaría de ese fantástico viaje, cuya duración le pareció de pocos minutos, aunque debió ser de casi una hora. Durante el trayecto, fantástico y casi increíble, Kil permaneció sentado a su lado en silencio. Varias veces pensó Al en las excesivas libaciones de la noche anterior, y hasta llegó a pellizcarse los muslos. Pero no cabía la menor duda: estaba despierto. El latigazo de luz en sus ojos, la aparición de Kil, la nave y el viaje, todo era real. Tan real como la vida misma.

De pronto, el aparato comenzó a descender verticalmente. «Hemos llegado», anunció Kil, rompiendo su mutismo. El pasajero miró hacia abajo, por la ventanilla junto a la cual estaba sentado.

Una ciudad que podía haber sido cualquier población de mediano tamaño de los Estados Unidos, con la única particularidad visible desde esa altura de que los techos, y los edificios, eran todos redondos. Al recordó sin proponérselo una vieja película de ciencia ficción que viera meses antes en la tele.

Suavemente, como si se tratara de un helicóptero, la nave se posó sobre una gran terraza. Algunos seres corrieron hacia ella. Al los observó con atención. Su aspecto general era similar al de los humanos, pero su estatura era algo inferior. Calculó que no superarían el metro sesenta. Por lo demás, su ropa podía haber pasado por la de actores humanos interpretando papeles de marcianos. Vestimentas de una sola pieza, todas del mismo color verde oscuro y con pantalones muy ajustados a las piernas. En cuanto a sus caras, tenían la misma conformación que las humanas, aunque nariz y orejas eran de una llamativa pequeñez. Por el contrario, la expresión de sus ojos era vivaz e inteligente.

—Hablará usted con el Coordinador —le informó Kil, mientras descendían de la nave.

Un ascensor rápido y silencioso descendió durante algunos segundos, después, las herméticas puertas se abrieron y, una vez más, Kil encabezó la marcha hacia una puerta que se abrió al paso de ambos, accionada por algún mecanismo invisible. Al se encontró en un amplio despacho circular, en el que un ser parecía estar aguardándole de pie.

—Señor, éste es el humano —díjole Kil, y se retiró sin aguardar respuesta.

—Siéntese —invitó el Coordinador, señalando a su invitado un asiento, mezcla de sillón y diván y sentándose él mismo en otro.

A esas alturas, Al había pasado del miedo, la incredulidad y la sorpresa, a una curiosidad no exenta de inquietud, pero más relajada. Parecía evidente que esos seres no deseaban hacerle ningún mal.

—Hemos actuado así porque era necesario —estaba diciendo el Coordinador, un ser que no se diferenciaba de sus congéneres ni en aspecto ni en vestimenta, excepto por una estrella dorada de siete puntas, que lucía en la pechera de su uniforme—. Su planeta, la Tierra, corre grave peligro. Le hemos traído aquí para informarle de la situación y para que usted, a su vez, informe a sus gobernantes.

—¿Por qué me han elegido a mí? —era una pregunta que bullía en su mente desde que pudo comenzar a pensar, tras la obnubilación producida por la llegada de Kil.

El Coordinador movió sus labios en lo que el americano interpretó como una sonrisa.

—Esperaba esa pregunta —dijo—. Y le responderé muy brevemente, porque no hay tiempo que perder. Necesitábamos un ciudadano de su país, el más poderoso de la Tierra.

Un hombre que no fuera militar, ni político, ni estuviera ligado a actividades bélicas. Tampoco podía ser una personalidad en ningún campo. Convenía que viviera cerca de Washington y que hoy se encontrara en un lugar totalmente aislado, donde nuestra nave pudiera operar sin ser vista. El procesador de datos lo señaló a usted.

«Lo que se dice una coincidencia», pensó Al, pero se limitó a asentir en silencio.

—No podemos perder tiempo —repitió el Coordinador—, le informaré muy brevemente de todo lo que es imprescindible que sepa, pero antes verá algunas imágenes que le ayudarán a comprender.

Oprimió un botón, situado, junto con otros, en el brazo de su sillín. La iluminación fluorescente desapareció, siendo sustituida por el brillo de un sector de la pared circular, transformado en pantalla.

Al vio en ella multitud de seres, parecidos a gigantescos cangrejos, avanzando en formación sobre lo que parecía una ciudad. Los colores eran vivos, pero la imagen no poseía perfecta definición, como si el cámara se hubiese ocultado para realizar la filmación.

Los «cangrejos» tomaron posiciones rodeando la ciudad, que resultó ser un pequeño poblado. Algunos seres vivos, de formas más parecidas a las humanas, circulaban por sus calles. De pronto, rayos verdes comenzaron a brotar de los ojos de los atacantes, y en una inasible fracción de segundo, el poblado *—pero no sus habitantes—* fue totalmente desintegrado. Entonces comenzó un horrible espectáculo, que Al a duras penas pudo contemplar. Los «cangrejos» se abalanzaron sobre los aterrorizados e impotentes pobladores y, con furia y delectación, *se los comieron.*

La luz desapareció de la pantalla, para volver a iluminar el amplio recinto. Una mueca de asco y horror desfiguraba el rostro de

Al. «Es mucho peor que mi sueño de los demonios», estaba pensando.

—Son demonios.

Era el Coordinador quien había hablado. Atónito, Al se le quedó mirando.

—Tenemos medios de leer los pensamientos —sonrió el anfitrión, como disculpándose.

—¿Demonios... ?

—Sí, en el sentido de seres malignos. De seres que son en sí mismos *el mal*.

—¿Dónde habitan?

—En toda nuestra galaxia, desgraciadamente. Nadie conoce su origen, si son seres dotados de razón e inteligencia, o si sólo son irracionales al servicio de una fuerza superior. Lo que sí está comprobado es que los actuales representantes de la especie son producto de una mutación, originada por una guerra nuclear...

—¿Una guerra nuclear?

—Sí, librada hace centenares de unidades temporales entre lo que hoy es Tellen, una Federación de Planetas, y Ulkus, nuestro ancestral enemigo. Vencimos nosotros, pero no nos cuidamos de exterminar todo signo de vida en los planetas enemigos. Así se generaron estos monstruosos seres, que imaginamos fruto de horripilantes apareamientos entre sobrevivientes racionales y alguna especie animal. Por nuestra parte, aterrados por el poder destructor que habían alcanzado nuestras armas, las destruimos todas, convencidos que, una vez arrasado Ulkus y federados todos los planetas habitados de la galaxia, ya no nos harían falta. Así es que ahora nos vemos a merced de esos demonios...

—¿Quiere usted decirme que no poseen armas capaces de enfrentarlos?

—No las poseemos.

—Pero pueden fabricarlas.

— Necesitaríamos decenas de unidades temporales —«años», imaginó Al— en poder estar en condiciones de producirlas. Y no tenemos tiempo. Los seres de Ulkus ya han invadido y se han apoderado de los planetas exteriores de nuestra Federación...

—¿Cómo pudieron llegar hasta ellos?

El Coordinador hizo un gesto de contención con su mano.

—Ya llegaremos a ello, permítame que siga con mi relación de los hechos —Al asintió con un gesto—. Lo que usted ha contemplado en esa visualización es la destrucción de un poblado de Mangla, un planetoide exterior. Fue filmado por un miembro de nuestras Fuerzas, que pudo escapar. Como habrá visto, los de Ulkus poseen rayos desintegradores que parecen salir de sus ojos...

—¿Es que no es así?

—Nuestros científicos opinan que no... Mejor dicho, me he expresado mal. Sí salen de los ojos, pero no son producto de la voluntad del ser que los emite.

—No le entiendo. Yo no soy científico.

—Tampoco yo. Lo que quiero decir, lo que nuestros científicos quieren decir, es que estos seres responden a una voluntad superior. Son simples instrumentos de amos lejanos...

—¿Quiénes son esos amos?

—Sé tanto como usted. Lo único seguro es que están en Ulkus.

—Pero usted dijo que el planeta había sido totalmente destruido.

—También dije que no habíamos acabado con la vida existente en él. Matamos —o creímos haber matado— a todos los seres racionales e inteligentes, no a todos los irracionales. Tal vez éstos han evolucionado hacia formas superiores o aquellos lograron sobrevivir, aunque fuera en mínimo número. Por supuesto, queda una tercera posibilidad —Al le miró interrogante—: Que los nuevos amos hayan llegado de otros planetas. Pero eso no es lo más importante, lo más urgente. Sean lo que sean esos seres, constituyen una amenaza terrible e inminente para nosotros...

—Usted habló de una amenaza para la Tierra.

—En efecto. Para la Tierra, tanto o más que para nosotros. Hace dos unidades temporales intermedias —«meses», supuso Al—, esos seres atacaron por primera vez uno de nuestros planetas. Desde entonces se mueven en inequívoca dirección hacia la Tierra. Incluso se han desviado. Por eso estamos vivos los pobladores de Lena, porque han menospreciado atacar nuestro planeta, el más poblado de la Federación. Eso sorprendió a nuestros estrategas que, puestos a estudiar los posibles motivos, han llegado a la conclusión que ya le expresé: la Tierra es su objetivo.

¿Por qué?

—No lo sabemos, aunque lo sospechamos... Al le miró, en mudo

interrogante.

—Alimento —murmuró el Coordinador—. Van a la Tierra en busca de alimento.

—No le entiendo... —en realidad, no quería entender.

El Coordinador hizo un gesto de impotencia y después dijo:

—Ya ha visto lo que hacen con nuestros congéneres: los comen. Atacan para comer. Que sepamos, no se alimentan de otra cosa que no sean seres racionales. La Tierra tiene una población cien veces superior a la de toda nuestra Federación; es evidente que ellos se encaminan a su planeta, la conclusión es obvia. Hay algo más...

—Que «se encaminen» en dirección a la Tierra no quiere decir que vayan a llegar a ella. Usted no tiene motivos para tener la certeza de que nuestro planeta es su objetivo.

—No tengo la certeza, sólo la sospecha. Hemos pensado mucho sobre los amos de esos monstruos... No hemos llegado a ninguna conclusión definitiva, claro, pero...

—¿Qué quiere decir?

—Tenga en cuenta que sólo son conjeturas...

—Hable de una vez.

—Suponemos... sospechamos... que los amos de esos monstruosos seres puedan ser humanos.

Al le miró atónito.

—¿Seres humanos en Ulkus... ?

—No es imposible, sus congéneres poseen naves capaces de llegar mucho más lejos.

—Sí, pero, ¿por qué... ?

—No puedo dar respuesta a los «porqué». Eso es misión de los terrestres. Nosotros cumplimos con advertirles del peligro.

—¿Por qué sospecha que pueda tratarse de seres humanos?

—Esas monstruosas criaturas utilizan un arma idéntica al rayo láser que ustedes conocen...

—¿Cómo sabe usted lo que nosotros tenemos?

El Coordinador hizo un gesto de impaciencia.

—Creo que el hecho de estar usted aquí es suficiente respuesta a su pregunta. Nos interesa todo lo que ocurra en la Tierra y cuidamos de estar bien informados de ello. En especial nos interesa todo lo referido a la actividad nuclear... —hizo una expresiva pausa y continuó—: Tenemos buenos motivos para desear que acaben

ustedes con sus explosiones nucleares. Contaminan la atmósfera galáctica...

—¿Quiere decir que llegan hasta aquí las radiaciones, o como se llamen, de las explosiones nucleares que se realizan en la Tierra?

El otro repitió su gesto de impaciencia.

—¿Y eso le sorprende? —se asombró—. ¿Es que no les enseñan a los habitantes de la Tierra las consecuencias de esas explosiones?

—Siga hablándome de esos monstruos —se evadió Al.

—Como le decía, utilizan el rayo láser o algo muy similar, arma que sólo los terrestres poseen. Nosotros, aunque más adelantados en otros aspectos, no llegamos a conocerlo en nuestro periodo belicista. Además, nuestras memorias colectivas registran el paso de naves terrestres en dirección a Ulkus, hace muchas decenas de unidades temporales. —Pero eso no prueba...

—Yo no hablo de pruebas, sólo de sospechas. Lo que sí está probado es que esos monstruos se encuentran ahora en Teko, el planetoide de nuestra galaxia más próximo a la Tierra. Como en los tres por los que antes pasaron, no ha quedado de ellos nada, ni edificios ni seres vivos.

—¿Es que ustedes no pueden hacer nada por defender a sus congéneres?

—Sólo evacuarlos, cuando prevemos la dirección que tomará su ataque. Ya le he dicho que no poseemos más que pequeñas armas, suficientes sólo para matar animales peligrosos. No hay guerra ni posibilidad de ella en Tellen. Y no conocemos otras galaxias habitadas. A excepción del planeta Ulkus, claro.

—No estoy totalmente convencido de que los monstruos se dispongan a atacar la Tierra.

—Tampoco yo puedo estarlo, aunque todos los indicios apuntan a ello.

—¿Qué quiere que haga yo, exactamente?

—Que advierta a los gobernantes de su planeta del peligro que corren. Y que nos ayuden a nosotros.

—No me creerán. ¿Por qué no hablan ustedes mismos?

—Los terrestres temen a habitantes de otros planetas. Ustedes inventaron el concepto de «extranjero», perdóneme que le diga esto, pero para ustedes todos los que no son sus más próximos vecinos son considerados «extranjeros». Nuestras naves han visitado la Tierra en

incontables oportunidades, tenemos buenos motivos para pensar como pensamos. Incluso hemos traído otros terrestres antes que usted a Lena, como forma de acercamiento a la Tierra. Según nuestros observadores, todos ellos fueron considerados dementes o simuladores, cuando relataron su viaje. ¿Cómo espera que confíen en nosotros, si no confían en sus propios congéneres? Temerán caer en alguna trampa espacial...

—¿Y por qué han de creerme a mí? También dirán que estoy loco.

—Cuando nos visitaron los anteriores terrestres, ninguna amenaza se cernía sobre nosotros. No enviamos con ellos más que mensajes de buena voluntad. Cosas abstractas, imprecisas. Ahora es muy distinto. Usted les dirá que se trata de su propia supervivencia...

—No me creerán.

El Coordinador volvió a esbozar su gesto de impaciencia.

—Es mejor que le crean —dijo.

El tono inquietó a Al, que preguntó: —¿Qué quiere decir?

El otro hizo un gesto vago.

—Ya le he dicho que necesitaríamos decenas de unidades temporales —explicó— para volver a poseer armas nucleares como las que tiene actualmente la Tierra. Pero no tenemos tiempo, porque la amenaza de los monstruos de Ulkus está aquí ahora mismo. Si la Tierra no acaba con Urkus, tendremos que acabar nosotros, y para eso necesitamos armas. Naturalmente, las iremos a buscar donde las tienen. Nuestra inteligencia y nuestro desarrollo son muy superiores a los de sus congéneres. Gracias a esa superior inteligencia, nos será fácil apoderarnos de algún arma nuclear. El resto será fácil —dirigió una mirada como de disculpa a su interlocutor—. No queremos atacar la Tierra, pero lo haremos si no nos queda otro remedio.

Se puso en pie.

—Vuelva a su planeta y logre que le crean —concluyó.

CAPITULO II

Betty estaba dormida. Antes de despertarla, y con la nave que lo había traído ya elevándose hacia el cielo, Al consultó su reloj. Eran las cuatro menos veinte de la tarde. Aunque a él mismo le costara creerlo, toda esa odisea no había durado mucho más de dos horas.

Despertó a la chica con suavidad, mientras su mente se preguntaba cómo podría contarle lo ocurrido. ¿Y si no le decía nada? Tenía que decírselo. En las próximas horas muchas cosas habrían de hacerse y no podía separarse violentamente de ella, sin darle al menos una explicación. Por otra parte, necesitaba consejo y ayuda de Betty. «Ella es más inteligente que yo». No era la primera vez que se lo decía a sí mismo.

—Ohhh... —Betty se desperezaba—. ¿Qué hora es? Tengo la impresión de haber dormido diez horas.

—No dormiste más de dos. Son las cuatro menos cuarto.

La chica se sentó sobre la hierba. Se la veía alegre y despreocupada.

—Debiste despertarme antes, no siempre disponemos de todo un día para estar juntos... ¿Cómo decírselo?

No podía despertarte, porque no estaba aquí.

—¿Que no estabas aquí? ¿Qué quieres decir? —de pronto soltó la risa—. Ya entiendo. Quieres decir que estabas con tu mente puesta en la Harvester y el contrato que te «permitiría» llegar hasta el matrimonio...

—No, Betty, quiero decir que no estaba *físicamente* aquí.

Ella, siempre sentada sobre la hierba, alzó sus ojos para mirarlo.

—¿Es que te fuiste a alguna parte? No debiste hacerlo sin avisarme. Si me hubiese despertado y tú...

¿Cómo decírselo?

—Escúchame, Betty, se trata de algo muy serio.

Se sentó junto a ella y extrajo un cigarrillo, que le ofreció, cogiendo otro para él. La chica le miraba con expresión alerta.

—Al, ¿ocurre algo? —inquirió.

El asintió con la cabeza.

—Es algo referido a nuestra boda, ¿verdad?

Al expelió una gran bocanada de humo antes de hablar.

—No, Betty —dijo después—, no se refiere a nuestra boda. No

directamente, al menos.

—Chico, me estás preocupando. Habla de una vez.

—Betty... No es fácil decirlo.

La chica puso cara de enfado.

—¿Acaso vas a decirme que hay otra?

—Sabes muy bien que no —por la mente de Al cruzó fugaz el recuerdo de Lizzy y su última orgía. ¿Era posible que hubiese ocurrido sólo *doce horas* antes?

—¿Entonces... ?

Él se decidió. Ya lo había dicho el Coordinador: no se podía perder tiempo.

—Betty, sé que te costará, pero te ruego que me creas. Lo que voy a decirte es... parece una fantasía, un sueño pero ha sido muy real.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor, Al, di de una vez lo que tengas que decir.

—Betty... Cuando tú dormías, llegó una nave espacial... —ella ladeó la cabeza para mirarlo mejor—. Bajó un hombre... quiero decir, un ser como nosotros y me dijo... La chica se puso en pie de un salto.

—He traído café en el termo y aún quedan bocadillos. Vamos a merendar.

Al también se incorporó y la tomó por los hombros.

—Betty, ya te dije que es una historia fantástica, pero es verdad, tienes que creerme.

Ella, muy sonriente, se apartó de él y marchó hacia la canasta de las provisiones.

—Pero si te creo, Al —dijo con tono paciente—. Sólo que puedes seguir contándome el... cuento mientras comemos.

—¡No es un cuento, Betty!

—De acuerdo, de acuerdo, no es un cuento. Es una historia, un relato, como quieras llamarlo. Ven y siéntate a mi lado. Un café y un bocadillo no nos vendrán mal.

Reprimiendo su impaciencia, Al hizo lo que ella le pedía. Al fin y al cabo, tuvo que convenir, no podía pretender que le creyera a las primeras de cambio.

—Escúchame, Betty —intentó proseguir, tras beber unos sorbos de café y dar un mordisco al bocadillo—, lo que te voy a contar es

muy serio. Puede que incluso nuestras vidas y las de todos los seres humanos, estén en grave, gravísimo peligro.

Ella, comiendo y bebiendo con buen apetito, con un gesto sonriente, le animó a proseguir.

Cuenta, cuenta.

—Me llevaron en su nave hasta el planeta… o galaxia, no entendí bien, llamado Tellen…

¿Era bonito?

—¡Betty, por favor!

—Perdona, no te interrumpiré más.

Cumplió su promesa. Al pudo contarle todo lo vivido en esas dos increíbles horas sin que ella le interrumpiera. Cuando él se detuvo, habló ella.

—Al, no sé qué te propones con ese cuento, pero supongo que no esperarás que me lo crea.

El muchacho hizo un gesto de desaliento y se dejó caer de espaldas sobre la hierba. Lo que tanto temiera, ya había ocurrido. Y, si ni su propia y amante novia le creía, ¿cómo podría pretender ser creído por el Gobierno de los Estados Unidos? Protegiéndose maquinalmente los ojos con su mano, asistió sin ver al maravilloso espectáculo del sol desapareciendo lentamente tras las montañas del oeste. Tras un largo silencio, habló Betty, con voz llena de preocupado cariño.

—¿Qué te ocurre, Al? ¿Qué significa toda esa historia?

Él estuvo a punto de no responder, de dar todo por acabado. En realidad, comenzaba a dudar de todo aquello. Bien podía haber sido un sueño como el de los demonios de la noche anterior… Entonces a su mente volvió todo el horror que sintiera ante el espectáculo de los «cangrejos» devorando con fruición a aquellos pobres seres indefensos. Llegó a pensar en un cangrejo devorando a Betty y todo eso le llevó a tomar una determinación.

—¿Tú crees en Dios? —preguntó a la chica, incorporándose lo suficiente para quedar sentado frente a ella.

Betty le miró sorprendida.

—Bien sabes que sí.

—¿Por qué crees?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Te pregunto por qué crees en la existencia de

Dios. ¿Lo has visto alguna vez?

—No digas tonterías.

—Perdóname, Betty, pero esto es muy serio —su rostro se había vuelto duro y decidido, ella no dejó de advertirlo—. Te repetiré la pregunta que acabo de hacerte, ¿alguna vez has visto a Dios?

Claro que no.

—¿Y por qué crees en su existencia?

—Al, no sé qué significa todo esto, pero no me gusta. No está bien que hables así.

El simuló no haberla oído.

—Te diré por qué crees en Dios, ya que tú no quieres decirlo. Crees porque gente muy seria y en la que tú confiabas, tus padres, tus maestros, te han dicho que El existe. Probablemente también tenías necesidad de creer y todo eso te ha llevado a ser una creyente.

—Bien, supongamos que es así, ¿y qué?

—Me extraña que una chica tan inteligente como tú no haya encontrado la relación.

—Dímela tú.

—Que si has creído a tus padres y maestros, también puedes creerme a mí.

Ella exhaló un suspiro.

Al, lo que cuentas… ¿No me estás tomando el pelo?

—¿Tengo cara de estar tomándote el pelo?

No, no la tienes.

—Pues entonces haz el favor de, al menos, *intentar* creerme.

Ella le miró, como pidiéndole que la liberara de tal trance.

—Al, compréndelo, es tan fantástico… —su rostro se animó—. Yo no creo que tú me estés mintiendo, pero puedes estar confundido. Tal vez te has quedado dormido…

Él también lo había pensado y no descartaba del todo esa posibilidad, pero se cuidó muy bien de demostrarlo ante ella.

—Estaba dormido como tú y me despertó una luz brillante. En la nave me pellizqué varias veces para convencerme a mí mismo de que no dormía. No, Betty, estaba bien despierto. Mi viaje será todo lo fantástico que quieras, pero ha ocurrido.

La chica lo miró resignada.

—Confío en ti, Al —dijo—. Si tú me dices que eso ha ocurrido,

yo creeré que ha
ocurrido.

—Puedes creerlo, Betty. Lo juro por nuestro amor.

Ella le acarició ligeramente la mano.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quieres que hagamos?

* * *

Una amiga de Betty era secretaria de un senador. Sólo le dijeron que se trataba de un asunto relacionado con la seguridad nacional. La chica les llevo ante su jefe, Andrew Stillman, senador por Dakota del Norte. Stillman era un hombre que se había hecho a sí mismo, duro con sus adversarios y más aún consigo mismo. «Tengo los pies bien plantados sobre la tierra», era su frase favorita.

—Bien, muchacho —dijo a Al, no bien éste hubo entrado en su despacho del Senado—, ¿qué podemos hacer usted y yo por el viejo Tío Sam? —como había dicho una broma, la festejó con una larga y estridente carcajada—. «El viejo Tío Sam» —se repitió, para saborear mejor el fruto de su ingenio.

Doce minutos más tarde, cuando Al hubo terminado su muy sintetizado relato, el senador se puso de pie furioso.

—No sé si usted está loco o quiere tomarme el pelo —apostrofó—, pero es mejor que se vaya de aquí artes de que llame a la policía para que lo encierre.

Al se fue.

Media hora más tarde, se sentaba frente a Betty, en una terraza estratégicamente situada frente al Potomac. Para intentar salvar la Tierra, había pedido unos días de permiso en el trabajo, comprometiendo gravemente el futuro de su contrato con la Harvester. También Betty había pedido permiso en su trabajo para acompañarle, porque él le había rogado I que lo hiciera.

—¿Y ahora qué?

La chica no tenía respuesta para esa pregunta.

—¿Y si dejaras todo esto, Al?

—Sabes que no voy a dejarlo, Betty —el recuerdo de los «cangrejos» estaba demasiado vivo en su cerebro.

Pues yo no conozco a nadie que…

—Intentaré llegar hasta el Presidente.

Ella se le quedó mirando.

¿Cómo harás para llegar hasta él?

—Llamaré ahora mismo a Gerry. El tiene todas las respuestas.

Llamó desde el mismo bar en el que se hallaban y regresó a la mesa eufórico.

—Te lo dije: Gerry no falla nunca. Un primo de su novia, amado Stephen Lorial, es sargento y está asignado a la guardia de la Casa Blanca. Gerry ha dicho que su novia le llamara y le pedirá que se reúna con nosotros en el hotel. Es mejor que vayamos a esperarle allí.

Stephen Lorial, un joven y rubicundo bebedor de cerveza no logró una entrevista entre Al y el Presidente, pero sí entre aquél y el jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca, coronel Ronald Garrison, un militar duro, conocido como «halcón» conspicuo.

—Diga lo que tenga que decir.

Al habló sin ser interrumpido durante dieciséis minutos, al cabo de los cuales Garrison oprimió uno de los timbres que tenía sobre su escritorio. Una fracción de segundo más larde dos fornidos guardias penetraron a la carrera en la estancia, ante el asombro del visitante.

—Detengan a este hombre —dijo el jefe de seguridad, señalándolo.

* * *

Lo llevaron al edificio de guardia, donde fue interrogado por un teniente y, después de ser convenientemente identificado, encerrado en una habitación cuya única ventana estaba protegida por rejas.

Pero no se puede retener mucho tiempo a un hombre cuyo único delito es decir que ha hecho un viaje interplanetario. Aunque lo haya dicho en la Casa Blanca.

—El detenido no tiene ningún antecedente penal, señor informó el teniente al coronel, tras haber recibido los correspondientes informes—. Ha cumplido con su servicio militar y nunca ha actuado en política, aunque se le sospecha simpatizante de los demócratas.

—No parece ser más que uno de esos chiflados que tanto abundan —razonó el coronel—, pero no podemos dejar ningún cabo suelto. Que sea reconocido en el Hospital Psiquiátrico del Estado. Y que permanezca en situación de «retenido».

—¿Bajo qué acusación, señor?

—Sospechoso de atentar contra la seguridad del Estado. En un coche militar, Al fue llevado al Hospital Psiquiátrico y confinado en una habitación pequeña con una cama, una mesa, una silla, un armario, un lavabo y una ventana también protegida con rejas. Le dejaron los cigarrillos, lo que no dejaba de ser un consuelo.

Una hora y media después de su llegada, dos enfermeros le condujeron hasta la consulta del psiquiatra de guardia. Eran las siete y veinte de la tarde y los pasillos y salas de consulta del Hospital estaban vacíos.

—Bien, amigo... Williamson, ¿quiere un cigarrillo? —Al tomó con mano nerviosa lo que se le ofrecía—. Relájese, amigo, sólo voy a hacerle un par de preguntas. Soy Peter Greenwood, médico de guardia esta noche. Usted es Albert Williamson... supongo que sus amigos le llamarán Al, ¿puedo Mamario Al yo también?

El aludido se encogió de hombros por toda respuesta.

—¡Estupendo! —se exaltó el otro. Era joven y se le veía lleno de entusiasmo por acabar con las enfermedades mentales en el mundo —. Bien, veamos qué le trae por aquí... —echó una fugaz mirada a unos papeles que tenía sobre el escritorio. Era visible que ya los había leído antes y los conocía de memoria—. ¡Aja...! Dice usted, er... Al, que ha viajado en una nave espacial a un planeta lejano...

—No tan lejano —de repente, Al había decidido salir de su mutismo. Podía ser más divertido seguirle la corriente al otro.

El psiquiatra le lanzó una preocupada mirada, pero de inmediato regresó a su alegría anterior.

¿No tan lejano, eh? ¿Por qué no me cuenta usted mismo... ?

—Había cangrejos que se comían a los seres del planeta. —Cangrejos... —el psiquiatra comenzó a tomar apresuradas notas—. ¿Grandes o pequeños?

Grandes.

—¿Cómo de grandes?

Al simuló pensar.

—Como usted —se decidió finalmente—. Pero más gordos.

—Entiendo. ¿Y a usted no intentaron comerlo los cangrejos?

No, porque a mí me protegía el Coordinador.

Ah, comprendo. ¿El Coordinador era también un cangrejo?

No, no, el Coordinador era una langosta.

—Natural, natural. Sí, siempre las langostas protegen de los cangrejos. Supongo que el Coordinador sería más grande que los cangrejos... —aventuró.

—Sí, sí, mucho más grande —corroboró Al.

«El paciente vive una situación de dependencia respecto de su padre, al que identifica con una gran langosta, que lo protege del ataque de los *cangrejos,* que quieren *comérselo* —obvia referencia a la mujer, temor a la relación sexual», escribió el psiquiatra a velocidad profesional.

Al siguió divirtiéndose durante diez minutos más, hasta que se aburrió del juego.

—Ahora hablemos en serio, doctor —dijo con otro tono de voz y el médico se le quedó mirando.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me gusta que me encierren en una dependencia militar y después en un manicomio, por lo que me he tomado una pequeña venganza —«el paciente muestra tendencias agresivas», escribió el psiquiatra, mientras dudaba en llamar a los enfermeros.

—Explíquese —pidió, antes de oprimir el timbre—. ¿qué quiere decir con eso de «venganza»?

Al comprendió que el otro estaba asustado y se echó a reír. «Reacción histérica no prevista», escribió Greenwood.

—No se asuste, doctor, no estoy loco...

—¡Nadie ha dicho que lo esté!

La situación ya no divertía al paciente.

—Doctor, no perdamos tiempo —urgió—. Usted piensa que yo estoy loco, desequilibrado, o como quiera llamarlo. Yo le digo que estoy muy cuerdo. Hoy he hecho al coronel Garrison un relato de lo que *realmente* he vivido hace unos días...

El psiquiatra asentía protectoramente con la cabeza.

—Por supuesto, Al, por supuesto.

Y «Al» empezaba a perder la paciencia.

—Dejémonos de «por supuesto», doctor, por favor. En este hospital debe haber medios para determinar si un hombre es cuerdo o tiene alteradas sus facultades mentales. Yo le pido que me someta de inmediato a todos los exámenes que desee...

—No es tan fácil... —el joven médico comenzaba a tomarlo en serio—. No siempre, mejor dicho, pocas veces el instrumental nos

proporciona un diagnóstico exacto, en casos de alteraciones mentales de origen funcional y no orgánicas. Sólo una observación prolongada...

—No dispongo de tiempo, doctor.

El médico le echó una larga ojeada y pareció decidido a creerlo.

—Comprendo —dijo—. La Seguridad de la Casa Blanca me ha pedido una primera apreciación sobre el estado de su mente. Hábleme... ahora en serio, por favor, de ese viaje que dice haber realizado.

Esta vez el relato le llevó a Al cuarenta minutos, porque Greenwood le interrumpió varias veces con preguntas. Por fin, el psiquiatra se rascó durante un buen rato el pelo ayudándose con su bolígrafo.

—No es fácil creer lo que usted cuenta —dijo por fin.

—Ya sé que no lo es.

—¿Tiene algo...? Quiero decir, ¿ha traído algo de ese viaje con el que probar su realización?

Ahora le tocó a Al el turno de rascarse la cabeza.

—No —confesó—, no se me ocurrió pedir alguna prueba material. Y hubiera sido una buena idea....

Durante el día siguiente fue sometido a todas las pruebas de que la psiquiatría dispone para conocer el estado mental de los seres humanos. En la noche del tercer día de su estancia en el Hospital, Greenwood le visitó en su habitación.

—He leído los resultados de las pruebas que se le han hecho —informó, agregando—: De hacer caso a ellas, usted es más cuerdo que yo.

Al sonrió. A pesar de los pesares, el joven psiquiatra le caía bien.

—¿Ese resultado le sorprende? —bromeó.

—No —contestó el otro, muy serio—. Era lo que yo esperaba —hizo una breve pausa y después, sentándose en la única silla y con tono confidencial, agregó—: Oiga, Al, entre usted y yo, ¿sigue insistiendo en su historia del viaje espacial?

El aludido, echado sobre el lecho, hizo un gesto de impotencia.

—Si le dijera que no, que todo fue un sueño, usted firmaría ahora mismo mi orden de libertad —dijo—, pero le estaría mintiendo. Lo siento, Greenwood, *hice* ese viaje.

El psiquiatra sacudió varias veces la cabeza. Después se puso de

pie, saludó y dejó la habitación. Al encendió el pequeño televisor que Betty le llevara y se dispuso a ver una película de marcianos.

A la noche siguiente, Greenwood volvió a la habitación de Al.

—Oiga —le dijo, no bien estuvieron sentados frente a frente y con cigarrillos en sus manos—, su historia no me deja dormir.

—Si necesita un buen psiquiatra, puedo recomendarle al doctor Peter Greenwood —bromeó Al.

El otro rió la broma, pero de inmediato siguió hablando en tono de total seriedad.

—Sabe... yo soy un fanático de los ovnis y todo eso... —hablaba con vergüenza, como si estuviera confesando un repudiable pecado secreto—. No es que crea todo lo que se lee, pero estoy seguro de que algo hay de cierto en eso. En realidad... yo mismo he visto un ovni.

Al levantó la cabeza, súbitamente esperanzado.

—Si usted cree en los ovnis... incluso ha visto uno, ¿por qué no cree que todo lo que le he contado pueda haber sucedido realmente?

Greenwood volvió a sus sacudidas de cabeza, pero esta vez no se fue.

—Es difícil de creer —dijo, pero se notaba que *quería* creer.

Al decidió que ese hombre podía ser su gran oportunidad.

—Greenwood...

—Llámeme, Peter.

—De acuerdo. Peter, todo lo que le he contado ha sucedido realmente. Ustedes me han sometido a todas las pruebas que les ha dado la gana, incluidas la hipnosis y el narcoanálisis. Según lo que usted mismo me ha dicho, en todos los estados de consciencia o inconsciencia, me reafirmé en mi relato en todos y cada uno de sus detalles, ¿no es así?

Así es.

¿Por qué no creer, entonces?

Es tan fantástico...

—Pero usted cree en los ovnis y, estoy seguro, fue muy dichoso por haber visto uno...

—En efecto.

—Es decir que, si esto fuera real, usted tendría la comprobación de sus creencias —recordó a Betty y sus dudas—. Algo así como si a un creyente se le permitiera ver a Dios...

El psiquiatra hizo un gesto con la cabeza que podía tomar se por una señal de asentimiento. Dudó durante algunos segundos y, por fin, tomó su decisión.

—Mire, Al —comenzó—, no sé si obraré bien o mal, pero confío en usted. Quiero decir… creo que lo que usted dice es cierto y que ha ocurrido realmente…

—Gracias, Peter —no pudo menos que decir Al, con su sistema nervioso a flor de piel, tras tantas incredulidades y persecuciones.

—No me dé… No me des las gracias, pero escúchame con atención. Más o menos legalmente, voy a sacarte de aquí. Quiero llevarte ante un gran amigo mío, John Silverstown, que es capitán de las Fuerzas Aéreas, adscrito a la NASA…

CAPITULO III

—Cuéntame de nuevo toda la historia.

Con una sonrisa, Al hizo lo que John Silverstown —llámeme Johnny— le pedía. Estaban en el confortable salón del capitán de la NASA y tanto el dueño de casa como Peter y hasta Betty, que también había sido invitada, tomaban muy en serio sus palabras.

—Peter —anunció con enfática voz Johnny, cuando Al hubo terminado—, creo que lo que este amigo nos cuenta es perfectamente posible.

Todos levantaron sus cabezas hacia él.

—Sí —continuó—, tanto nosotros como los rusos habíamos detectado movimientos incomprensibles justo en el límite de nuestra galaxia. Yo y muchos otros suponíamos que se trataba de seres racionales en proceso de migración, pero como aún quedan algunos cerebros petrificados que no admiten la existencia de tales seres fuera de la Tierra… y como esos cerebros pétreos da la coincidencia que pertenecen a los jefazos, se dio carpetazo al asunto. Pero ahora…

Peter le interrumpió.

—¿Crees que el relato de Al hará cambiar de idea a esos «pétreos»?

Johnny le dedicó una sonrisa pletórica de conmiseración.

—Tú no conoces a los jefazos, por eso te permites concederles el beneficio de la duda —dijo—. Por supuesto que no van a cambiar de idea —hizo una pausa y agregó con voz más seria—: Al no es el primero que ha viajado fuera de nuestra galaxia…

El mencionado recordó las palabras del Coordinador al respecto.

—Pero si otros han ido y han vuelto —era Betty—, ¿cómo es que aún se duda de la existencia de planetas habitados?

—Todos esos que han «ido y vuelto», como tú dices —explicó Johnny—, fueron oficialmente declarados «locos»… con términos más científicos, claro, y sus historias desaparecieron misteriosamente de los archivos oficiales. Aun de los más secretos. El tema es tabú en la NASA. Todo muy misterioso…

—¿Qué quieres decir? —intervino Peter, mientras él y los otros miraban con renovado interés al capitán.

—Al habló de sospechas sobre posible intervención de seres

humanos en la dirección y control de los «cangrejos» —explicó éste —. Y yo me pregunto… me pregunto…

—¿Qué te preguntas? —a pesar de su profesión, Peter no era excesivamente paciente.

Durante unos segundos, Johnny estuvo rumiando algo para sí mismo, después tomó una decisión.

—Mirad —dijo—, Peter ha analizado exhaustivamente el cerebro de Al y lo ha encontrado sano. Total y absolutamente sano. Yo he escuchado con toda atención su relato y lo encuentro, no sólo creíble, sino coincidente con nuestras propias observaciones. Si aceptamos que hay vida organizada fuera de la Tierra… y creo que en esto todos estamos de acuerdo; si aceptamos que los seres de esos planetas están muy adelantados, hasta el punto de poseer naves que nos visitan… y creo que eso nadie puede negarlo, ya que desde hace siglos esas naves han sido vistas por *millones* de seres humanos, tenemos que concluir forzosamente que el viaje de Al es posible. Y si, como ha quedado probado, la mente de Al funciona a la perfección, opino que también debemos creer todo lo que nos ha contado.

Hizo una pausa y miró a los otros, como esperando opiniones.

—Yo creo a Al —se apresuró Betty.

—También yo, por supuesto —corroboró Peter—. De no ser así, no estaríamos aquí.

Sorpresivamente, Johnny puso cara de gran satisfacción y se frotó las manos.

—Siendo así —dijo—, os expondré el plan que acabo de imaginar —los otros estaban pendientes de sus palabras—. Partimos de la base que todo lo dicho por Al es cierto y que también es cierto todo lo que el Coordinador le dijera a él, ¿no es así? —sus oyentes asintieron con la cabeza—. Bien —continuó—, Peter quería saber hace unos instantes qué era lo que yo me preguntaba, ahora ha llegado el momento de satisfacer su curiosidad. Lo que yo me preguntaba era si detrás de los «cangrejos» no estarán las mentes de los «desaparecidos»…

—¿Los desaparecidos…? —se asombró Peter—. ¿Quiénes son esos señores?

Antes de hablar, Johnny hizo un gesto vago con sus manos. Después dijo:

—Desde hace más de un siglo, eminentes científicos y militares, tanto americanos como rusos, han desaparecido misteriosamente, sin que nunca volviera a saberse de ellos. En algunos casos, las desapariciones coincidieron con la «volatilización» de naves espaciales, presumiblemente utilizadas para huir. De esto nadie dice nada y no figura en ningún archivo. Yo lo sé porque siempre me he preocupado por averiguar misterios. Comencé a interesarme por el tema hace tres años, cuando la desaparición de la astronauta jefe Jennifer Carraghel. Gracias a mis investigaciones y a los «espontáneos» que, felizmente, siempre aparecen cuando uno los busca, pude averiguar muchas cosas. Ahora Al viene a confirmar mis sospechas…

—¿Qué es lo que tú sospechas? —inquirió Peter.

—Sé que lo que voy a decir es fantástico —preludió Johnny—, pero también es fantástico lo que ha contado Al y hemos decidido por unanimidad creerle…

—Suprime las introducciones.

—De acuerdo, querido Peter. Vamos allá. Lo que yo creo es que desde finales del siglo veinte, científicos y militares rusos y americanos han dejado la Tierra para aposentarse en algún lugar del Universo…

—¿Con qué objeto? —quiso saber Al.

Las manos de Johnny repitieron su gesto de impotencia.

—Por supuesto, no puedo saberlo —dijo—, aunque tengo mis sospechas…

—Escúpelas —urgió poco académicamente Peter.

—Allí van, espero no darte en la cara —rió Johnny y después, de nuevo serio—: Mi idea es que esos cerebros privilegiados, fuera por creerse no suficientemente reconocidos o, lo que es más probable, por temor a una guerra nuclear que en aquellos tiempos se creía posible, decidieron emigrar. No creo que tuvieran un destino prefijado, pienso que habrán dicho: «De morir, mejor es morir en el espacio que en esta contaminada Tierra», o algo por el estilo.

—Bien —razonó Betty—, eso podría explicar lo que ocurrió hace más de un siglo, pero no lo que está ocurriendo ahora. Y me refiero tanto a lo que está ocurriendo en el espacio, como a las desapariciones que, según tú nos has dicho, siguen produciéndose.

—Ahora presumo que las motivaciones son distintas —respondió

Johnny—. No entendía cuáles podían ser, hasta haber escuchado el relato de Al…

—¿Y ahora qué supones? —quiso saber éste.

El capitán miró a los otros con ceño adusto.

—Mucho me temo —dijo— que haya una auténtica conspiración para apoderarse de la Tierra.

—¿Promovida por los Estados Unidos y la Unión Soviética? —se alarmó Peter.

—No, no —se apresuró Johnny—. Dirigida por *algunos* americanos y *algunos* soviéticos. Es decir, por esos «desaparecidos», con la intención, que ya he dicho, de apoderarse de la Tierra, valiéndose de esos ejércitos de «cangrejos».

—No olvides que ya se han apoderado de varios planetas y planetoides —matizó Al.

—Cierto. Sus intenciones imperialistas van mucho más allá de la simple Tierra. Puede que intenten ser amos del Universo entero. Pero eso no es lo que debe preocuparnos, sino lo que nosotros podemos hacer para impedir que esos siniestros planes lleguen a concretarse.

—Al decir «nosotros» —intervino Peter—, supongo que te refieres a los Estados Unidos…

—Al decir «nosotros» —corrigió el capitán—, me refiero a nosotros cuatro. A los que estamos en esta habitación.

Los otros se miraron entre sí. Al tomó la palabra por todos.

—¿Pero qué podemos hacer nosotros…? Oye, Johnny, si estás bromeando…

El aludido le interrumpió con un gesto decidido.

—No estoy bromeando, Al. Nosotros cuatro… bueno, para ser exacto, cuatro sin contar a Betty…

—¿Por qué no vais a contar conmigo? —se indignó la chica, pero fue superada por la irónica voz de Peter.

—¿Somos cuatro sin Betty porque tú vales por dos? —quiso saber.

Sonriente, Johnny impuso calma con sus manos.

—Nada de eso, nada de eso. Seremos cuatro porque estoy pensando en otra persona…

—porfió Betty.

—Betty, por favor… —intentó calmarla Al, pero la chica estaba

furiosa.

—¡Hace casi cien años que murió Lenda Maluh, la última mártir del feminismo! ¿Es que aún hoy va a haber diferencias entre los sexos?

—Por supuesto que no, por supuesto que no —pontificó Peter.

Fue Johnny el que zanjó la cuestión.

—Según las necesidades, y sin tener para nada en cuenta el *sexo,* se resolverá en su momento quiénes intervendrán en la puesta en práctica de mi plan, si es que llega a ponerse en práctica.

—Dinos quién es el cuarto hombre —pidió Peter.

—O la cuarta mujer —puntilló Betty.

Johnny le dedicó una sonrisa y después dijo:

—Lo siento, Betty, se trata de un hombre. Un hombre cuya ayuda puede ser decisiva para la realización de mi plan... Mejor dicho: mi plan podrá realizarse sólo si él decide colaborar con nosotros. Nunca le pediría una cosa así, de no ser porque estoy convencido de que la Tierra corre el mayor riesgo de toda su historia...

—¿Puedes decirnos quién es ese hombre?

—Sí, Al, por supuesto. Es el comandante de la Fuerza Aérea soviética y famoso astronauta Ilich Iapolsky.

* * *

—Cierto que, con los nuevos aviones comerciales, en sólo cuatro horas se llega desde Washington a Moscú pero, aun así, tu llegada... vuestra llegada, no deja de ser una agradable sorpresa.

—Sorpresa sí, Ilich. Lo que no estoy seguro en absoluto es que te resulte agradable.

Los cuatro de la reunión en casa de Johnny y el comandante Iapolsky estaban sentados alrededor de una mesa, en el elegante restaurante «Viandas Rojas», de Moscú. Habían llegado a la capital soviética esa misma mañana, tras haber anunciado Johnny la visita por teléfono a su amigo ruso.

—¿Hablamos ahora o esperamos a terminar esta exquisita comida? —preguntó Peter.

—Gracias por lo de «exquisita» —sonrió Ilich—. Los soviéticos no estamos acostumbrados a que los americanos alaben nuestros restaurantes...

—El mal gusto de los americanos en lo que a gastronomía se refiere es proverbial en todo el mundo —dijo Betty y la frase hizo esponjarse al ruso.

—Entonces no se hable más de cosas serias —decidió, muy sonriente—. Eso podrá hacerse en mi piso.

Dos horas y media después, tras haber escuchado el relato de Al y las reflexiones de Johnny, ya no sonreía.

—Lo que me habéis contado es muy grave —fueron sus primeras palabras. Se volvió a Johnny—. ¿Tienes algún plan? —preguntó.

El militar americano evadió la respuesta preguntando a su vez:

—¿Crees que tus jefes te harán caso, si los pones al tanto de todo esto?

Ilich dedicó a su amigo una sarcástica sonrisa.

—¿Te han hecho caso los tuyos? —preguntó a su vez.

Johnny lanzó una carcajada que fue estentóreamente coreada por el ruso.

—Me lo merezco, por preguntar estupideces —rió el americano.

—No pienso comunicar hada de esto a mis superiores —dijo Ilich, de nuevo serio.

—Lo suponía y por eso estamos aquí —corroboró su amigo, agregando—: Me has preguntado si tengo un plan, la respuesta es sí. Hablaremos cuanto quieras de él, pero, en principio, debes saber que mi plan consiste en ir *nosotros* a Ulkus, donde presuntamente está el cerebro que dirige las hordas de «cangrejos». Sé que es una locura enfrentarnos solos contra todo un imperio, pero estoy convencido de que es la única alternativa de éxito que puede tener la Tierra. Si nuestros jefes llegaran a creernos y se decidieran a actuar...

—Cosa que dudo muchísimo —acotó Ilich.

—Y que yo dudo aún más que tú —corroboró Johnny—. Pero, repito, si eso ocurriera; es decir, si las fuerzas conjuntas de Tierra se pusieran en marcha, serían de inmediato detectadas por los amos de Ulkus y, seguramente, destruidas. En cambio, nosotros tenemos todas las posibilidades de llegar hasta allí sin ser descubiertos, ya que no seremos más que una nave entre todas las que constantemente vuelan por la galaxia. Claro que las cosas se nos pondrán muy difíciles no bien nos posemos sobre la superficie del planeta, pero ese es el terrible riesgo que tenemos que aceptar correr. Actuando como los «comandos» del siglo veinte, tenemos

aunque sea una remota posibilidad de llegar hasta lo que llamamos «el cerebro» y, sea ese cerebro lo que sea, destruirlo. Una flota de naves terrestres nunca podría llegar.

—Pienso lo mismo que tú —asintió Ilich—. Ahora explícanos mejor tu plan.

El americano le dirigió una irónica mirada y después dijo:

—Necesitaríamos una nave pequeña, muy maniobrable con sólo tres o cuatro tripulantes, pero capaz de casi ilimitada autonomía, máxima velocidad y potente armamento…

—O mucho me equivoco —sonrió Ilich—, o estás pensando en una de nuestras UKV-33…

—Acertaste, muchacho. ¿Quién dijo que los rusos no son más listos que los americanos?

La tensión se relajó entre risas y sorbos de vodka y café. Tras unos instantes distendidos, Johnny retomó el tema que a todos angustiaba.

—¿Puedes hacerte con una de esas naves, Ilich?

El ruso se encogió de hombros.

—La deserción se castiga con la muerte. El robo de una nave también, pero como no te pueden matar dos veces…

Hubo sonrisas, pero muy discretas, ya que lo que el ruso decía en tono de broma era lo que probablemente ocurriría, en el más que improbable caso de volver con vida a la Tierra.

—Si no estás dispuesto…

—¡No digas tonterías, yanqui! Claro que estoy dispuesto, si lo estás tú.

—¿Puedes hacerte con una UKV-33?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No creo que nos interese perder tiempo. Esta misma noche nos haremos con la nave. Habrá que aprovisionarla y armarla, pero todo eso puede hacerse *antes.* Anunciaré un vuelo de rutina ordenado por la superioridad, no habrá problemas por ese lado.

—¿Y si ordenan la persecución?

—No se enterarán de nuestra huida hasta pasadas dos o tres horas. A máxima velocidad por nuestra parte, será suficiente ventaja.

—Entonces, todo en orden. Los detalles de la operación

tendremos que decidirlos sobre el terreno. —Sobre el *desconocido* terreno.

—Totalmente desconocido. Incluso ignoramos si puede haber restos de radiación, según lo que el Coordinador relatara a Al.

Es de suponer que ese peligro no existe, si es que nuestros congéneres están allí.

—Tienes razón. Sólo cabe decidir quiénes iremos en la nave...

—Todos los que estamos aquí —se apresuró Betty.

Pero tú... —intentó Ilich, siendo de inmediato interrumpido por la chica.

—¿No fueron los comunistas los primeros en hablar de la igualdad entre los sexos? No volvió a tocarse el tema.

CAPITULO IV

El comandante Ilich Iapolsky era una especie de ídolo popular. Sus subalternos le adoraban y sus superiores le querían y respetaban. No en vano había realizado veintisiete misiones espaciales, pese a contar sólo 34 años de edad. Cuando anunció a la guarda de la base que unos amigos americanos iban a visitarla, los soldados se apresuraron a saludar y abrir las puertas.

La UKV-33 elegida por él previamente estaba en su lugar de despegue habitual, y había sido aprovisionada convenientemente, de acuerdo a sus órdenes. Todo resultó ridículamente fácil.

—Subamos a echar una ojeada a la nave —dijo Ilich a sus amigos en tono casual, y los dos soldados que recorrían el sector en misión de vigilancia no se dieron por enterados. Nada podían objetar a lo que el comandante Iapolsky dispusiera.

Cuando los reactores nucleares comenzaron a funcionar, los dos soldados interrumpieron su despaciosa recorrida y miraron interrogantes hacia la nave, pero Ilich, desde el puesto de mando, les tranquilizó con un gesto de su mano.

Boquiabiertos, pero todavía sin decidirse a dar la alarma, vieron elevarse a la UKV-33.

En la cabina, el ruso explicaba a sus acompañantes, ya enfundados en los trajes espaciales que él se había cuidado de hacer llevar:

—He quitado piezas claves a las otras cinco naves de la base. Tardarán no menos de un par de horas en estar en condiciones de seguirnos. Y ese tiempo es más que suficiente para nosotros.

Ya estaban, según los indicadores, a veinte mil metros de altura y seguían ascendiendo.

—¿A qué altura volaremos? —quiso saber Johnny. —A cuarenta mil metros.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Ulkus? —era Betty quien preguntaba.

—Si podemos alcanzar de inmediato, y mantener durante todo el trayecto, la velocidad máxima, unas cinco horas.

Johnny estaba a cargo de la computadora que dirigía el vuelo y controlaba los reactores, mientras Ilich gobernaba la nave. La prácticamente total automatización de la nave le permitía ser

conducida por sólo dos hombres expertos. «Siempre que no se presenten complicaciones», había dicho el ruso.

No se presentaron. Cinco horas y veinte minutos más tarde, sin más problemas que desconectar el total visor para no tener que seguir escuchando las imprecaciones de los jefes de Ilich, descendieron sobre la superficie de Ulkus en el lugar que la computadora les señaló como el más desértico e inocuo.

El paisaje que se ofreció a los ojos de los cinco no bien descender de la nave les recordó los de la luna y algunos planetas deshabitados próximos a la Tierra. No había niveles peligrosos de radiactividad, según les informara oportunamente la tan útil computadora de a bordo.

Tras una somera comprobación de que no había seres vivos por los alrededores, Ilich regresó a la UKV-33. Un par de minutos más tarde, se abría una rampa en el vientre del aparato y por ella, como una mágica aparición, salía un pequeño vehículo totalmente cenado y con su parte superior de cristal u otro material transparente. Ilich asomó su sonriente cabeza por la entrada.

—¿Qué os parece mi pequeña sorpresa? —la voz sonaba metálica amplificada por el micro del casco.

Los otros alzaron sus manos en jubilosa expresión de entusiasmo. Ilich descendió de la nave y abrió una puerta del vehículo.

—Puede funcionar en cualquier terreno, sea sólido o líquido y es absolutamente invulnerable a los disparos de armas ligeras y medianas. No a las explosiones nucleares, claro.

—¿Y a los rayos láser o sus similares? —era Al, que recordaba lo que viera en la siniestra película de los «cangrejos».

El ruso sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, no puedo dar una respuesta concreta a tu pregunta. Como en la Tierra los láseres no son armas de guerra sino auxiliares de la medicina y la industria, a nadie se le ocurrió hacer la prueba.

—Esperemos no tener que hacerla nosotros —filosofó Peter.

Como una satánica respuesta a su invocación, un círculo de luz verdosa de unos cincuenta metros de diámetro, en cuyo centro estaban ellos y la nave, se ofreció a sus atónitos ojos.

—Láser... —murmuró Johnny, en tono involuntariamente bajo. Ilich asintió con un lento movimiento de cabeza.

El círculo luminoso, que apareció como un delgado anillo situado a un metro de altura sobre el árido suelo, comenzó a extenderse verticalmente, llegando a formar una pared de unos dos metros de altura, que encerraba a los humanos sin posibilidad de escape.

—Mucho me temo que ese fatídico círculo comience a reducir su diámetro —comentó Peter, expresando cabalmente el pensamiento de todos.

—¿Y si escapáramos con la nave? —sugirió Al.

Ilich, moviendo la cabeza en dubitativo signo, se encaminó hacia el próximo aparato.

—Si las cosas son como imagino, no podremos disponer de esa ruta de escape —dijo.

Desapareció en el interior de la cabina, para reaparecer menos de un minuto después.

—El encendido no funciona —informó—. Tal como lo temía, el «círculo» paraliza toda energía que quiera activarse en su interior.

—¿Qué haremos, entonces? —se inquietó Betty.

—Pensar —respondió Johnny, mientras con su índice se tocaba la frente.

—¿Es una broma? —preguntó Peter, con inquisitivo tono.

Johnny se permitió el esbozo de una sonrisa.

—No, no es una broma —dijo—. Simplemente es lo mejor... o lo único que podemos hacer. Si han paralizado la energía de la nave lo mismo harán con la energía del «todo-terreno», lo cual excluye su posible utilización para huir en él atravesando esa maldita «pared».

—Te he dicho que no sabemos si es invulnerable a los rayos láser —acotó Ilich.

—Es un riesgo que correría yo solo. Pero no perdamos más tiempo hablando de eso, ya que esa posibilidad es in viable.

—¿No hay forma de pasar por encima de la «pared»? —dijo Peter.

—¿Cómo? ¿Apoyando una escalera contra ella? —bromeó Ilich.

A pesar de la terrible situación en que se hallaban, todos sonrieron, Peter incluido. A ello contribuía decisivamente el hecho de que, al menos por el momento, el círculo no disminuía su diámetro.

Elaborando planes imposibles, pasaron los siguientes diez minutos. Al cabo de ellos, el perímetro de su prisión seguía siendo el

mismo.

—No parece que intenten matarnos con el láser —razonó Johnny —. ¿Qué pretenden, entonces?

—Apresarnos, supongo —era Al el que había hablado y los dos militares le miraron con atención.

Johnny fue el primero en hablar.

—Creo que has dado en el clavo, Al —dijo—. Esto no es una tumba, sino una cárcel.

—¿Supones que el láser nos ha detenido hasta la llegada de seres vivos? —preguntó Ilich.

—Sí —fue la inmediata respuesta—. Eso es lo que supongo.

—Pero *alguien* tuvo que poner en funcionamiento el láser. —No tuvo por qué ser necesariamente «alguien», pudo ser «algo».

—¿Un ordenador o mecanismo similar autosuficiente?

—Sí. No es nada sorprendente, en la Tierra tenemos centenares de ingenios que se activan a sí mismos.

—Pero ninguno de ellos produce una «pared» de rayos láser.

—Porque ninguno de nuestros inventores se preocupó por el tema.

—¿No estamos perdiendo el tiempo con tanta charla? —era Peter.

—Creo que tienes razón —admitió Ilich, agregando—: ¿Se te ha ocurrido alguna manera de salir de aquí con vida?

—No... —comenzó el psiquiatra, siendo inesperadamente interrumpido por Betty.

—Si nosotros no podemos salir, tampoco *ellos* podrán entrar —dijo y los otros se la quedaron mirando—. Lo que quiero decir —agregó la chica, algo confundida por el interés que sus palabras despertaron— es que tendrán que abrir alguna puerta en esa «pared» para venir por nosotros. Johnny dudó con un gesto.

—Tienes razón —concedió—, pero sólo en parte. «Ellos» no necesitan entrar para... para acabar con nosotros.

—No lo necesitan, pero entrarán —murmuró Al. Recordaba horrorizado a los «cangrejos» comiéndose a los humanoides del planeta exterior.

No hubo comentarios. Los otros sabían lo que el muchacho quería decir.

—Tenemos que estar preparados para recibirlos, si vienen —

decidió Ilich, volviendo a la nave.

Todos estaban provistos de pistolas nucleares, pero había armas más potentes a bordo. El ruso regresó portando la versión más sofisticada y moderna de lo que en un tiempo se llamó bazuka lanza granadas.

—Tú puedes hacerte cargo de esto, ya está cargado —dijo a Johnny—. Yo volveré a bordo para servir el cañón.

Se trataba de un arma defensiva pocas veces utilizada, ya que la UKV-33 no era una nave diseñada para grandes combates, sino para la realización de misiones que requirieran rapidez y maniobrabilidad. Pero el pequeño cañón disparaba balas con cabeza nuclear y podía ser muy útil en esas circunstancias.

—Será mejor que entréis en la nave —dijo Johnny a Betty, Al y Peter.

Al se opuso rotundamente.

—No te dejaremos solo aquí fuera.

Pero su compatriota estaba decidido.

—Dispararé desde el interior del vehículo. Espero que sea *realmente* invulnerable, aunque tratándose de la industria rusa nunca se puede estar seguro…

Los dos sonrieron y se despidieron con sendos golpes en el hombro. Al penetró en la nave, tras Betty y Peter. Había troneras más que suficientes y los tres tomaron posiciones. Sentado sobre el sillín del cañón, Ilich les saludó con la mano.

Pasó algo más de media hora en tensa espera. Comenzaban a temer ser cercados indefinidamente y sus nervios se encrespaban, cuando algo ocurrió en la «pared».

Más rápidamente aún de lo que lo hiciera al formarse, el círculo luminoso desapareció, quedando a la vista de los humanos hordas, al parecer interminables, de «cangrejos». Los ojos de Al se posaron en Betty, aterrada ante la nueva visión que descubría desde su tronera. El muchacho se juró a si mismo que, si las cosas iban mal, la última bala de su pistola sería para ella.

La bazuka de Johnny fue la primera en disparar. La granada causó destrozos entre las filas de los atacantes, pero éstos eran tantos que los claros de inmediato fueron llenados. Más efectivo fue el cañón de Ilich. A tan corta distancia, el proyectil nuclear hizo saltar por los aires no menos de una treintena de «cangrejos»,

mientras un número no inferior era alcanzado también por la explosión. Las pistolas del resto de los humanos también causaban bajas aunque, obviamente, en cantidad harto inferior.

Pero esos disparos selectivos sirvieron para que Al descubriera que la cabeza era el punto vulnerable de los monstruos. Si bien los disparos del cañón destruían sus cuerpos, sin posibilidad de supervivencia —si es que en realidad estaban *vivos*—, las pistolas no les hacían mella, salvo que la bala diera en sus cabezas y especialmente en las zonas más próximas a los ojos.

Los ojos... La pesadilla que Al pudo intuir en la película se convertía ahora en horripilante realidad. Los ojos de los «cangrejos» adquirían de improviso un potente brillo y de inmediato el rayo salía de ellos para morder las paredes de la nave y del todo-terreno.

Felizmente, los blindajes de ambos se revelaron efectivos contra esos láser o lo que fueran. Y el cañón seguía causando estragos. Tras varios minutos de tremenda lucha,

los «cangrejos» no habían penetrado más de un par de metros en el interior del círculo formado por los láser, pese a haber intentado más de una vez el ataque por todos los lados a la vez. Pero el inapreciable cañón podía girar los 360° de la esfera y se bastaba para mantenerlos a raya.

—¿Cuántos «cangrejos» habremos matado? —preguntó animadamente Peter.

—Puede que unos trescientos —respondió Ilich, sin dejar de disparar.

«Matado», la palabra sonaba mal a los oídos de Al. El pensaba que mejor iría decir «roto».

Cargaba una vez más su pistola cuando se hizo el silencio; sorprendido, miró hacia Ilich. El ruso se balanceaba displicentemente en su sillín y ya no disparaba.

—¿Por qué has dejado de disparar? —le preguntó a gritos.

—Averígualo tú mismo —bromeó el otro, en el mismo tono.

Al miró hacia afuera por el pequeño orificio de la torreta y lo que vio le hizo proferir un grito de alegría.

Los «cangrejos» se retiraban a la carrera y en desorden. Bazuka en mano y muy contento, Johnny salía del todo-terreno. Los cinco se reunieron de inmediato al pie de la nave.

—Los blindajes de la nave y el vehículo se han revelado

invulnerables a los láser

—anunció Johnny sonriendo.

—Y los «cangrejos» se han revelado vulnerables a nuestras armas —completó Peter.

—Esos monstruos... —comenzó Betty, pero se mordió el labio y dejó la frase sin concluir.

Somos más fuertes que ellos —le susurró Al, estrechándola contra su pecho.

¿Qué os han parecido esos «bichos»? —preguntó Ilich.

—¿A qué te refieres? —era Peter.

—Desde luego, no son seres «tipo humanos», pero mi pregunta va más allá, ¿serán seres *vivos?*

Hubo un gesto de sorpresa por parte de Betty, pero fue Al quien tomó la palabra.

—Los observé mientras disparaba contra ellos —dijo—. Las balas de nuestras pistolas sólo eran efectivas si daban en sus cabezas y, especialmente, junto a sus ojos...

—Yo me refería... —quiso interrumpir Ilich, pero Al lo detuvo con un gesto.

—Sé a lo que te refieres —dijo—, déjame continuar. Mencioné lo de los disparos de pistola porque eso parece significar que no poseen corazón o un órgano equivalente, ya que los impactos en sus gordos cuerpos nada les afectan. Pero he observado algo más... y esto no es otra cosa que una presunción...

—Dila —le animó Peter.

—Me dio la impresión de que... de que no morían, como pueden morir los seres vivos, sean o no racionales, sino que... ¿cómo podría decirlo? —decidió que lo diría como lo había pensado—. Que se *rompían.* Como si de muñecos se tratara.

Los otros se quedaron mirándole en silencio. Después dijo Peter:

—¿Que se «rompían», eh? Una observación muy interesante.

—¿Y si estudiáramos un poco sus restos?

Todos salieron de sus abstracciones particulares y, rompiendo el grupo que formaban, dirigieron sus miradas y sus pasos hacia el perímetro exterior, poblado de cadáveres, si así podía llamarse a los destrozados restos de los «cangrejos».

Pero la sorpresa de los cinco fue mayúscula. En todo lo que sus vistas podían abarcar no se veía más que el pelado y agreste terreno.

—No los han retirado sus compañeros —razonó Ilich—, por lo que sólo puede hablarse de…

—Desintegración auto provocada —completó Johnny.

Se miraron y miraron a los otros.

—Esto habla de una dirección centralizada —masculló Ilich.

—Y de «cangrejos» que no son más que robots —se encaró con Al —. Tenías razón —le dijo—. No mueren, se rompen.

—Pero todavía quedan muchos «vivos» y, lo que es peor, también están vivos sus amos —dijo el muchacho.

—Sí —corroboró Ilich, montándose en el todo-terreno—, mejor será que vayamos en su busca.

CAPITULO V

—¿Pero cómo sabes dónde buscar? —se inquietó Betty, sentada junto a Ilich, que conducía el vehículo.

El ruso señaló lo que parecía una pequeña pantalla de radar, situada en el panel de instrumentos.

—Lo llamamos «chivato» —sonrió—. Señala la presencia de seres vivos en un radio de cien kilómetros. Por supuesto, es muy útil para detectar presencias enemigas.

—Pero también «detectará» las de vuestros vehículos y tropas, lo que provocará descomunales confusiones —objetó Johnny, que compartía el asiento trasero con Al y Peter.

—Te equivocas, yanqui —rió el ruso, medio vuelto hacia él—. Todos nuestros vehículos y tropas, hasta el último soldado de lo que un día se llamó infantería, tienen coberturas anti detección, ya sea en sus partes metálicas exteriores o en sus uniformes —volvió a señalar la pantalla con el índice—. Si aquí se ve algo, ese algo es enemigo.

—¿Y ahora se ve algo? —preguntó Betty.

—Sí —contestó Ilich, muy animado—. Una gran concentración de seres vivos a no más de cincuenta kilómetros del punto en que nos encontramos.

—¡Pues vamos a ellos! —se exaltó Al. Todos rieron de su entusiasmo.

Ten en cuenta que ellos nos están esperando —enfrió Ilich tras la risa.

Eso era seguro. Los amos de Ulkus estaban a esas alturas perfectamente enterados de su llegada, por lo que el plan de sorprenderlos era ya impracticable. Ese círculo láser que los había aprisionado hasta la llegada de los «cangrejos» podía reaparecer en cualquier momento y en cualquier lugar. De hecho, los cinco se estaban preguntando el porqué de no haber aparecido ya.

En pocos minutos llegaron a la vista del lugar de concentración de los seres vivos que el «chivato» denunciara. Se trataba de algo relativamente parecido a una población terrestre de mediana importancia.

—Parece un dibujo de los siglos XIX o XX, representando una ciudad del siglo XXI —murmuró Betty y los otros asintieron con la

cabeza.

No se veían «cangrejos» ni ningún otro tipo de vida animal, pero el «chivato» no podía equivocarse. Escondido en el interior de las casas o en ignorados refugios, el enemigo estaría al acecho.

—Ellos seguramente nos ven a nosotros, pero nosotros no podemos verlos a ellos —resumió Johnny el sentir de todos.

—¿Por qué no nos atacarán? —quiso saber Betty.

—La respuesta es obvia —se apresuró Al y todos le miraron interrogantes—. No nos atacan porque están esperando que les ataquemos *nosotros* —explicó.

Te estás convirtiendo en todo un estratega —le saludó Ilich.

—¿Qué sugieres, «estratega»?

El hasta poco antes vendedor de implementos agrícolas rió como disculpándose.

—Bueno… —dijo—. Si lo que el enemigo quiere es que ataquemos, supongo que lo que corresponde hacer es no atacar.

Peter y Johnny hicieron burlones gestos de admiración, pero Ilich estaba muy serio cuando habló: —Creo que Al tiene razón.

—¿Qué quieres decir? —era Johnny y estaba sorprendido.

Ilich se encogió de hombros.

—Nada más de lo que he dicho —explicó . Que no atacaremos.

—Pero allí —Johnny señalaba la ciudad— puede estar ese «cerebro» infernal que hemos venido a destruir.

—Puede —concedió el ruso—. Pero no podemos hacer lo que ellos parecen querer que hagamos. Alguna trampa nos han tendido. No, no atacaremos —apoyó sus palabras con un decidido gesto de su mano.

¿Qué haremos entonces? —se inquietó Johnny.

—Esperaremos a ver qué ocurre —fue la respuesta.

Eligieron un lugar en parte protegido por grandes piedras, tras las que el todo-terreno quedaba completamente oculto. Estaban a poco más de un par de kilómetros del comienzo de la ciudad.

Durante casi una hora permanecieron con sus fusiles nucleares y su bazuka inactivos, alertas y nerviosos. Comenzaban a imaginar que nada ocurriría, cuando se desató el infierno.

Cien lenguas de fuego salieron de la ciudad y, quemando la escasa vegetación a su paso, buscaron sus cuerpos, protegidos tras las rocas.

Y entonces ocurrió algo horrible. Debido al calor generado por las lenguas de fuego, las rocas que les brindaban refugio *comenzaron a desintegrarse.*

—¡Al vehículo! —gritó Al y todos corrieron hacia él.

Convertidas en rojos infiernos de quemante lava, las inmensas piedras se licuaban ante sus aterrados ojos.

Ilich volvió a ponerse tras el volante y puso en marcha el vehículo cuando aún Peter no había terminado de entrar en él. Con el pie del ruso apretando el pedal del acelerador, el todo-terreno dio un tremendo brinco y se alejó a gran velocidad de la muerte roja. Las lenguas de fuego corrigieron su ángulo de tiro, pero el vehículo ya estaba fuera de lo que parecía ser su límite máximo de alcance.

Siguieron la marcha a máxima velocidad durante una veintena de kilómetros, antes de que el conductor se decidiera a detenerlo. En el desolado lugar en que se encontraban no se veía ningún signo de vida, ni amigo ni enemigo. Tras un detenido estudio de los alrededores, se decidieron a bajar, como una forma de distender sus músculos, agarrotados por la extrema tensión a que habían sido sometidos minutos antes.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Al, con voz que expresaba desánimo.

Desánimo era lo que embargaba el espíritu de todos. El enemigo poseía todas las armas, todos los recursos, todas las posibilidades. Esta vez habían podido huir a tiempo y el ataque de los «cangrejos» había sido rechazado, pero los cinco sabían que la buena suerte no podía durar mucho.

—Son más fuertes que nosotros —murmuró Johnny, dejándose caer al suelo, actitud que los otros imitaron, sentándose en círculo.

—Tienen armas muy poderosas y pelean en su propio terreno —siguió el militar americano—. Creo que no tenemos muchas posibilidades.

Hubo un momento de silencio, que rompió el psiquiatra.

—Es evidente que, al menos de momento, no podemos intentar un ataque directo —dijo. Ilich y Johnny asintieron en silencio—. Eso nos obliga —siguió Peter— a usar nuestra inteligencia.

¿Es una broma? —se impacientó el ruso.

—No, no, de ninguna manera. Ninguno de nosotros está para bromas en estos momentos.

—¿Es que tienes algún plan? —interrogó Al.

No. Pero entre todos podemos elaborar uno.

—¿Aunando nuestras inteligencias, eh? —se permitió bromear Ilich, y eso levantó algo la moral del grupo.

—Hagamos un balance de lo que sabemos sobre nuestros enemigos —propuso Peter.

—Bien —tomó la palabra Al—, sabemos que ellos poseen sofisticados sistemas de detección...

—Y de «detención».

—Sí, Al, así es. También de detención, como ese círculo láser en el que nos encerraron. También sabemos que los «cangrejos» son robots teledirigidos, que poseen un rayo mortífero emitido por sus «ojos».

Pero esos «cangrejos» son vulnerables a nuestros proyectiles —interrumpió Ilich.

—En efecto —asintió Johnny—. Felizmente, y puede que eso sea lo único a nuestro favor, los robots son vulnerables. Sigo con lo que sabemos de nuestros enemigos.

Tienen al menos una ciudad y desde ella pueden lanzar un fuego capaz de licuar rocas...

—Lo que nos permite suponer lo que ocurriría a nuestros cuerpos, de ser alcanzado por él —bromeó con negro humor Peter. Los otros movieron sus cabezas, en signo de pesarosa aquiescencia.

—Hay que entrar en esa ciudad —terció Al y sus amigos le miraron sorprendidos.

—Chico —objetó Johnny—, eso sería lo ideal, pero...

Al lo detuvo con un gesto.

—Nada de «peros» —cortó—. *Hay* que entrar.

—De acuerdo —era Ilich—, pero tendrás que decirnos tú cómo lo haremos.

—Tengo una idea. Vosotros simuláis un ataque. Quiero decir... Atacáis realmente. Desde lejos, claro, para no poneros al alcance del fuego. Entretanto, yo intentaré entrar en la ciudad.

Las protestas fueron unánimes.

¡Eso es una locura!

Acabarán contigo antes de...

—¡No, Al, nunca lo permitiré! —ésa era Betty.

El muchacho se volvió a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Nunca debí permitir que vinieras —le susurró.

—Estoy muy contenta de haber venido. Pero no permitiré…

Él le tapó la boca con su mano.

—Escúchame, querida. Sabes tan bien como todos que estamos en una situación desesperada. Ni siquiera estoy seguro de que pudiéramos llegar con Vida hasta la nave, si decidiéramos huir de este infierno. Y eso, por supuesto, significaría condenar a la Tierra a convertirse en esclava de estos demonios. Sé que será muy difícil que mi intento logre el éxito, pero es una posibilidad, aunque remota. Si yo fracaso, Johnny, Ilich o Peter pueden volver a intentarlo…

—Al menos deja que sea yo quien lo intente —era Ilich—. Soy militar y eso…

—¡Yo lo intentaré! —Johnny—. Ilich tiene razón, ésta es una tarea para un militar profesional.

Pero Al estaba decidido.

—Precisamente porque vosotros dos sois los más capacitados del grupo, debo ser yo quien lo haga. Vuestras vidas son demasiado valiosas para arriesgarlas en un primer intento.

—¿Qué piensas hacer en la ciudad? —preguntó Ilich, rindiéndose ante la firmeza de Al.

—Buscar información. Saber si es allí donde se encuentra el «cerebro»; si es así, reunir todos los datos posibles para posibilitar su destrucción y regresar junto a vosotros para coordinar el ataque final.

—Te dejaremos en el lugar más próximo a la ciudad y mejor protegido que podamos encontrar —dijo Ilich y los otros permanecieron en silencio, montando los cinco en el todo-terreno.

Se aproximaron a la ciudad tanto como antes se alejaran de ella, comenzando después la búsqueda de un lugar idóneo para el avance de Al. La tarea no era en absoluto fácil, dada la aridez del terreno; pero, felizmente, formaciones rocosas no faltaban. Por fin, Ilich se decidió por una especie de cadena montañosa en miniatura —la altura de las piedras y elevaciones nunca era superior a los cincuenta o sesenta metros—, que enfilaba en línea recta hacia la ciudad, situada a unos tres kilómetros de distancia. El ruso detuvo el vehículo y señaló las piedras.

Ahí tienes tu vía de entrada. ¿Cuánto crees que te entretendrá tu

misión?

—Si todo va bien, no más de una hora. La ciudad es pequeña.

Betty no pudo controlar sus nervios en ese momento decisivo.

—Al... ¡no vayas! Lo más seguro es que esos monstruos ya conozcan nuestra presencia aquí.

—Puede que sí concedió el muchacho, apoyando cariñosamente su mano en el hombro de la chica—, pero vuestro ataque los distraerá lo suficiente como para que no reparen en mí.

No estaba muy seguro de la veracidad de sus palabras, pero sí estaba firmemente decidido a realizar su viaje de reconocimiento que, estaba convencido, era de vital importancia para el cada vez más problemático éxito de la misión.

—Volveremos aquí dentro de una hora —anunció Ilich, para cortar la emoción de Betty—. Si no estás, permaneceremos aquí hasta que llegues.

—Esperad sólo dos horas. Si para entonces no he regresado...

Dejando la frase sin terminar, saludó con la mano y comenzó a alejarse del vehículo, hacia las primeras formaciones que se alzaban a menos de diez metros del todo-terreno. Pegado a la pared rocosa, esperó.

De inmediato sus compañeros iniciaron el ataque. Desde el interior del vehículo, Johnny lanzó una granada con la bazuka y los otros hicieron coro con fuego de fusiles nucleares. Por supuesto, no buscaban dañar a un enemigo invisible, sino distraer su atención para permitir el avance de Al.

El muchacho no perdió tiempo. No bien explosionó la granada, en un lugar muy próximo a las primeras construcciones de la ciudad, inició el avance. Bien protegido por la pared de piedra, se consideraba a salvo de ojos humanos —si los había— y de aparatos de detección. Que esos sí podía estar seguro que los había.

Necesitaba ganar el máximo de tiempo en esos instantes iniciales, por lo que corrió a la máxima velocidad que sus piernas le permitían. En pocos minutos estuvo a menos de cien metros de las más próximas viviendas. Disminuyó el ritmo de carrera hasta detenerse, dejándose caer al suelo para calmar su jadeante respiración. Aprovechó el descanso para observar con mayor atención las construcciones. Eran edificios de muchos metros de altura, similares a los rascacielos terrestres, que llegaban a tener

hasta sesenta pisos. Mucho cristal y un material igual o parecido al hormigón. Calles anchas y a distintos niveles. Pero ni un ser «vivo» ni un vehículo transitando por aceras o calzadas. «¿Estarán todos ocupados en defenderse del ataque o algunos de ellos se agazaparán a la espera del momento de acabar conmigo?», pensó Al.

Espiando por un estrecho orificio entre dos rocas, pudo ver las conocidas lenguas de fuego saliendo de cien invisibles bocas en busca de sus amigos. «¡Y de Betty!». Decidió no demorar ni un segundo más su incursión, aun si los monstruosos «cangrejos» estaban al acecho. Acarició inconscientemente la pistola nuclear que colgaba del cinturón de su uniforme espacial. También ahora, como en la nave, reservaría la última bala. Pero esta vez para él mismo.

Avanzó con máximas precauciones, bien pegado a la pared de roca, que descendía abruptamente de nivel, por lo que no podía proteger sus últimos metros de marcha. Finalmente, decidió echarse cuerpo a tierra y observar por última vez la ciudad, antes de entrar en ella. «¿Dónde voy a buscar?», *«¿Qué* voy a buscar?». Rechazó esas inesperadas depresiones. Iba a buscar el «cerebro» infernal que intentaba apoderarse del Universo, si es que ese «cerebro» se encontraba allí. El «cómo» de la operación ya lo decidiría sobre la marcha.

Nada cambiaba ante sus ojos. Nada se movía o presentaba el menor signo de vida. «¿Es que no estarán habitados esos edificios?». Comenzó a arrastrarse muy lentamente hacia ellos.

Pronto estuvo en la linde de la ciudad. ¿Se incorporaría o seguiría arrastrándose? De momento, juzgó más prudente seguir arrastrándose, protegiéndose ahora tras los altos edificios. Las lenguas de fuego partían de lugares situados a su derecha, por lo que eligió la acera más próxima a los atacantes, ya que así los edificios lo cubrirían mejor. Una vez en la acera, que no estaba a mayor altura que el terreno que acababa de dejar, prosiguió su lento avance, con la sensación de que algo no encajaba.

De pronto supo de qué se trataba: por más fantástico que pareciese, la aparentemente lisa acera ofrecía a sus manos y cuerpo tantas asperezas y rugosidades como el agreste suelo anterior.

Sorprendido y dudando de su sentido del tacto, se arrastró aún más hacia la línea de edificios y alargó su mano para tocar la pared más próxima. La mano no encontró resistencia alguna.

Atónito, se alzó sobre sus rodillas y comenzó a pasear sus manos por donde no podrían haber llegado, de haber sido reales las paredes que sus ojos seguían mostrándole.

«No son reales. Las paredes no son reales. Ni los edificios. Ni la ciudad.»

Pero las lenguas de fuego que seguían buscando a sus compañeros sí lo eran.

CAPITULO VI

La ciudad no existía. Todo era una ilusión de los sentidos. Pero una ilusión que había afectado por igual a los cinco... Al comprendió que se trataba de alguna estratagema del enemigo. Un enemigo que momento a momento se mostraba más poderoso e inalcanzable. La ciudad no existía.

El muchacho, con irracional reacción, se aplastó contra el suelo. Acababa de pensar que, si la ciudad no existía, *nada le ocultaba de la vista del «cerebro».*

Permaneció durante varios minutos, que a él le parecieron horas, en esa posición. Por fin, se impuso la razón y el sentido del deber. Tenía una misión que cumplir. Podía no existir la ciudad, pero los enemigos, los que disparaban las lenguas de fuego, eran reales. Y el «cerebro» podía estar allí.

Permaneciendo en la misma posición, alzó unos centímetros la cabeza y echó una mirada a su alrededor. La ciudad parecía seguir estando donde antes. El sabía que no existía, que ninguno de esos edificios y esos puentes y esas calles eran reales, pero seguía viéndolos. Y descubrió con sorpresa que no podía ver a través de los edificios.

Aunque no podía albergar dudas racionales, alargó una vez más la mano hacia la blanca pared que se alzaba a su lado. Por supuesto, nada. Pero no podía ver a través de ella. Se hizo evidente para él que tendría que seguir adelante, si quería descubrir algo. *Que tendría que proceder como si la ciudad existiese realmente.*

De nada valía ocultarse, por lo que se incorporó del todo. El no podía ver a través de los edificios, pero la más elemental lógica indicaba que los creadores de la ilusión óptica, o lo que fuese, sí podrían ver a través de ellos. Mascullando una sonora maldición, comenzó a andar, en dirección al centro de la «ciudad».

Atravesó varias calles sin ver nada más que edificios y calles. A juzgar por la ausencia de ataques, era de imaginar que no habían descubierto su presencia. O sí la habían descubierto y esperaban sólo el momento oportuno para matarlo.

Tenía miedo. Estaba solo, rodeado de enemigos, en una ciudad que no existía. *La ciudad no existía.* . ¿Dónde había escuchado esa frase? En el sueño... En la pesadilla consecuencia de los cócteles de

Lizzy. ¿Una premonición? En todo caso, una premonición satánica.

Pero con esos pensamientos no ganaría nada. Volvió a la realidad, pensando que era más fantástica aún que su pesadilla. También en ella había una nave espacial... Y demonios, muchos demonios. «Los demonios no tardarán en aparecer», pensó Al y siguió andando, pistola en mano.

Buscaba al enemigo, y al dar vuelta a una esquina, lo encontró.

* * *

Tras disparar Johnny su primera granada, Ilich pudo ver desaparecer a Al camino de su objetivo; de inmediato, comenzó a disparar él su fusil. No buscaban causar daño, sólo atraer la atención del enemigo para que no reparasen en el americano.

Segundos después del primer disparo, aparecieron las previsibles lenguas de fuego. Volvió a repetirse la escena de horas antes: vehículo protegido tras las rocas, licuación de éstas y huida del todo-terreno. Las lenguas llegaron a su máxima distancia de alcance y, aunque siguieron lanzando fuego, los terrestres se sintieron razonablemente seguros, a un par de kilómetros de ellas. El calor era sofocante, pero eso podía soportarse. No querían alejarse demasiado porque pronto tendrían que regresar en busca de Al. Ilich llevó el todo-terreno hasta el amparo de un macizo rocoso y detuvo el motor.

—Este calor es terrible. Bajemos —propuso Johnny, logrando la aquiescencia de los otros. No olvidó llevarse la bazuka al descender, así como los otros se llevaron sus fusiles.

Todos se sentaron apoyando sus espaldas en la pared rocosa. Ilich oprimió una mano de Betty, sentada a su lado.

—Tranquilízate, chica —le dijo—. Todo saldrá bien para Al.

—Si muere, se habrá sacrificado por una causa grande —contestó ella.

En el ánimo de los cuatro la muerte estaba muy presente.

—Voy a desentumecer las piernas —dijo Johnny de improviso y se levantó de un salto, dejando la bazuka apoyada contra la roca.

—Cuida de no abandonar la protección de las rocas —le recomendó Ilich, y el otro lo tranquilizó con un gesto.

Hundidos en sus negros pensamientos, Betty, Illich y Peter

miraban sin prestar atención a Johnny que, con grandes pasos, cubría la distancia de unos veinte metros, máximo paseo que le permitía la pared rocosa que brindaba protección al grupo. Pese a su distracción, Peter fue el primero en ver la verde serpiente, antes aún de que la viera el mismo Johnny.

—¡Cuidado! —gritó el psiquiatra, pero su aviso llegó lamentablemente tarde.

El ofidio mordió furiosamente la pierna izquierda del americano, antes que éste pudiera reaccionar adecuadamente. Sus tres compañeros se levantaron a la carrera, empuñando sus armas, pero ninguno se atrevió a disparar por temor a herir a Johnny. Este se retorcía de dolor, intentando con ambas manos desembarazarse de la serpiente.

—¡No temas, Johnny! —le gritó Peter—. ¡La inmunización totalmente también sirve para las mordeduras de serpiente!

Entonces ocurrió algo horripilante. Ante los ojos incrédulos y aterrados de los terrestres, la serpiente y Johnny comenzaron *a desaparecer*.

—Desintegración... —pudo balbucear Ilich—. ¡Se están desintegrando!

No pudieron seguir contemplando por más tiempo el macabro espectáculo porque un peligro acuciante, mortal, definitivo, se abatió sobre ellos.

Serpientes verdes... Decenas de ellas arrastrándose con segura lentitud hacia Betty, Ilich y Peter, que las contemplaban con algo muy similar a la fascinación del pájaro por la víbora asesina.

El psiquiatra reaccionó el primero.

—¡Intentemos escapar en el todo-terreno! —gritó.

Pero el vehículo les estaba vedado. Varias serpientes se interponían en el camino hacia él.

—¡Hay que luchar! —decidió Ilich y dio el ejemplo, disparando su fusil sobre los animales más próximos.

Haciendo gala de una serenidad insólita para cualquier ser humano en tales circunstancias, Betty volvió a la carrera junto a la pared rocosa y se hizo con la bazuka, que Johnny había dejado allí a) iniciar su paseo.

Ilich y Peter disparaban furiosamente, logrando el psiquiatra hacer blanco en un grupo de tres o cuatro ofidios que avanzaban

hacia él, y que se desintegraron al explosionar la bala con cabeza nuclear. Esto significó un considerable alivio para los terrestres: las serpientes verdes, indudablemente con algún tipo de sustancia desintegrante en sus colmillos, eran vulnerables a sus armas.

Pero eran muchas. Fue entonces cuando Betty lanzó su primera granada. Tuvo que hacerlo a las últimas filas de ata cantes, porque la proximidad de las más adelantadas hubiera puesto en peligro sus propias vidas. La explosión hizo desaparecer literalmente a decenas y decenas de serpientes, pero aún quedaban muchas y estaban muy cerca.

Ilich, el más amenazado por su posición, se vio precisado a retroceder hasta llegar a apoyar su espalda contra la pared de piedra, que no permitía más retrocesos. Un oportuno disparo de Peter probablemente salvó su vida, al matar a una serpiente que se aprestaba a morder. El mismo disparó varias veces su pistola y consiguió aliviar en algo la presión a que estaba siendo sometido.

Sin ser atacada directamente, Betty lanzó otra granada y despejó totalmente la retaguardia de los ofidios. Ahora sólo quedaban quince o veinte, entre ellos y la zona batida por las granadas de la chica. No teniendo sentido seguir con las granadas, ella se hizo con su pistola y comenzó a disparar sobre las serpientes que atacaban a Ilich, que seguía siendo el más comprometido, ya que Peter no tenía muchas ante sí y controlaba la situación con su arma.

El fuego de la pareja fue decisivo. Pronto no quedaron más serpientes atacando a Ilich y, lo que era aún mejor, no llegaban refuerzos por la retaguardia; Cuando Peter desintegró su última enemiga, ya no quedaron más serpientes verdes a la vista.

Pero tampoco estaba Johnny con ellos. —¡Maldito planeta, malditos asesinos, sean quienes sean los responsables de todo este horror! —explotó Ilich.

Betty lloraba en silencio, en tanto Peter murmuraba entre dientes.

—Serpientes cuyas mordeduras hacen desaparecer seres humanos... ¿Qué monstruosos demonios pueden haberlas engendrado?

Ilich fue el primero en recuperar la calma.

—La guerra no ha terminado para nosotros —dijo—. Al nos necesita, será mejor que nos encaminemos al punto de reunión.

* * *

Al dobló la esquina y quedó literalmente petrificado. Diez metros más adelante, avanzando en la misma dirección que él llevaba, vio *a un ser humano.*

Vestía pantalones y una chaqueta muy ajustada al cuerpo y sus manos estaban vacías, sin armas a la vista. Era de estatura algo más que normal, y de rubios cabellos. Sin hacer el menor ruido, Al sacó la pistola. Matar al humano era juego de niños, pero, ¿convenía hacerlo? No era probable que fuera el único «cerebro» de todo ese horror. Tenía que haber otros seres, humanos o no, escondidos en alguna parte. Ese hombre podía llevarle hasta ellos. Cierto que corría el riesgo de morir a sus manos, pero era su gran oportunidad. Si descubría el escondrijo secreto, alguna manera habría de destruirlo. Bajó la pistola, aunque sin soltarla de su mano.

El hombre siguió su camino tranquilamente, sin que pareciera haberse apercibido de que era seguido. Atravesó dos calles y después dobló por una transversal, que le llevaba en dirección a las lenguas de fuego que se veían a doscientos metros de donde se encontraban. Al temblaba de excitación, pensando que si el hombre se volvía todo habría terminado, muriera quien muriese, ya que él no tenía posibilidad de ocultarse en el interior de esos edificios que no existían.

Pero el humano no se volvió. Era evidente que se sentía muy seguro en el interior de la ciudad, seguramente porque sus sofisticados medios de detección no le habían informado de la presencia de Al.

Pronto éste supo que la misión del otro era controlar las bocas de fuego. Al descubrir que estaba intensificando su potencia, supuso con toda certeza que sus amigos habían vuelto a buscarle. Esto, sin que pudiera evitarlo, le puso nervioso. Su persecución estaba poniendo en serio peligro la vida de los otros. Pero también era cierto que esa persecución podía llevarles hasta el «cerebro» y posibilitar la salvación de la Tierra.

Como no encontró mejor forma de ocultarse, se echó al suelo, junto a la más próxima línea de «edificación». Por supuesto, cualquiera que hubiese mirado en su dirección le habría descubierto

de inmediato, pero tuvo la suerte de que el otro no mirara.

El hombre terminó su tarea y regresó por donde había venido, que era lo que Al había supuesto que haría. Previéndolo, él se había situado fuera del previsible camino de su perseguido, que pasó a media docena de metros de él, sin verlo. Al no se movió de su posición hasta que el otro se hubo alejado lo suficiente, entonces se puso de pie y reanudó la persecución.

Caminaron unos cuatrocientos metros, después el humano se detuvo en medio de la «calle». Nada había en el lugar que lo diferenciara de los alrededores. Veinte metros más atrás, el perseguidor se había echado nuevamente al suelo y observaba con atención.

El humano estaba quieto y no parecía hacer nada especial, aunque Al no podía verle la cara por encontrarse de espaldas a él. De pronto, comenzó a descender. Fue evidente para el observador que un sector rectangular del suelo, de un par de metros de lado, era en realidad una plataforma móvil. Todo así de sencillo. Entretanto, lentamente, el otro había desaparecido de su vista y la plataforma volvía a confundirse con el suelo, que aparentaba ser una pavimentada calle de la «ciudad».

Al se incorporó. Ahora lo importante, lo vital, era identificar sin posibilidad de error el lugar. Para él, todas las calles y todos los edificios eran iguales, pero en realidad no era así. Había algunos más altos que otros y a nivel de las calles se veían grandes almacenes, pequeñas tiendas, restaurantes y todo lo que puede haber en una auténtica ciudad.

Muy lentamente, con la lacerante sensación de ser observado por mil ojos, el muchacho avanzó hacia la plataforma. Quería asegurarse de no olvidar el lugar exacto donde ésta se encontraba.

En las esquinas más próximas había sendos restaurantes y exactamente frente al lugar de la plataforma, una zapatería en una acera y una tienda de artículos de deporte en la de enfrente.

Siempre pistola en mano, Al decidió llegado el momento de regresar en busca de sus compañeros para, entre todos, intentar la entrada en el refugio subterráneo y acabar con los demoníacos seres que allí pergeñaban sus sueños de muerte.

Comenzaba a marchar en dirección al lugar de encuentro y ya había rebasado el lugar de la plataforma, cuando le pareció oír una

especie de débil silbido a sus espaldas. Maquinalmente, se volvió hacia el lugar de donde el ruido parecía provenir.

No vio nada, pero el silbido aumentó su volumen y una extraña e irreprimible parálisis se apoderó de sus centros nerviosos, llevándolo hasta la ataxia total.

Primero la pistola cayó de sus fláccidos dedos al suelo. Después cayó él mismo.

CAPITULO VII

—Esperaremos, seguiremos esperando.

Ilich había hablado y los otros asintieron en silencio. Llevaban dos horas esperando en el lugar de reunión sin que Al apareciera. Nadie quería decirlo en voz alta, pero los tres se convencían minuto a minuto que el muchacho nunca llegaría a la cita.

—Y si... y si no viene, ¿qué haremos? —preguntó Peter, tras un largo silencio.

El ruso miró a sus amigos largamente y después dijo:

—Vosotros regresaréis a la nave; yo... intentaré encontrara Al.

—¡Yo iré contigo! —el grito de Betty conmovió a los dos hombres. La chica estaba tensa, mordiéndose constantemente el labio inferior, pero no había derramado una sola lágrima.

—Betty, sabes muy bien...

—Calla, Ilich, no digas lo que vas a decir porque será inútil. Al es todo lo que yo quiero en la vida. Si él está allí —señaló la próxima ciudad—, allí es donde debo ir yo.

Imprevistamente, recibió el apoyo de Peter.

—Betty tiene razón —dijo—. Si hemos de morir, que sea todos juntos. Y que sea luchando hasta el fin, y no intentando huidas que, mucho me temo, están condenadas al fracaso.

Ilich movió la cabeza varias veces, hasta que se convenció a sí mismo que tenía que ceder.

—Bien —dijo—, esperaremos una hora más; si no hay novedad, entraremos en la ciudad.

Como los tres temían, el plazo se cumplió sin que Al apareciera.

—Vamos —se limitó a decir el ruso, encaminándose hacia la ciudad, seguido por Betty y Peter.

No pudieron avanzar mucho. Apenas hubieron puesto el pie en la más próxima «acera», decenas de «cangrejos» cayeron sobre ellos. Salvaron sus vidas en ese primer instante de confusión y sorpresa, porque Ilich llevaba su dedo índice en el disparador de la bazuka. Lanzó dos granadas sin apuntar y retrocedió a la carrera, empujando hacia atrás a sus confundidos amigos. Las tremendas explosiones destrozaron un buen número de enemigos y obligaron a los otros a detenerse, seguramente porque la onda expansiva alteraba de alguna manera sus circuitos operacionales.

—¡Atrás, a las rocas! —gritaba Ilich.

Pudieron volver a su antiguo refugio sin ser alcanzados por los rayos que comenzaron a lanzar los «cangrejos».

Felizmente, la roca resistía el calor generado por los «ojos» de los robots; pero, aun así, el refugio era harto precario. Los tres disparaban sin cesar causando grandes bajas entre los atacantes, pero el número de éstos no parecía tener fin.

—No podremos resistir mucho tiempo aquí —susurró Ilich.

—¿Qué propones? —preguntó Peter. El ruso señaló el todo-terreno.

—Ha demostrado ser invulnerable a los rayos de los «cangrejos» —dijo.

—¿Te refieres a resistir en su interior?

—Sí, Peter, eso es lo que pienso.

—Pues vamos a él mientras nos sea posible.

Por la proximidad del vehículo, bien protegido bajo un saliente de la pared rocosa, pudieron introducirse en él sin peligro de ser alcanzados por los rayos que seguían chocando contra las piedras o perdiéndose a sus espaldas. Ilich puso en marcha el vehículo.

—¿Es que vamos a retirarnos? —se alarmó Betty.

—No —sonrió el conductor—, vamos *a avanzar*. Introducid los cañones de los fusiles en las troneras.

Betty y Peter hicieron lo que se les indicaba. El vehículo estaba provisto de pequeñísimos orificios circulares por los que podía introducirse el cañón de los fusiles y pistolas, no así el de la bazuka. Sentado junto al ruso, Peter apuntaba al frente; en tanto Betty, en el asiento posterior, podía batir la retaguardia.

Avanzaron decididamente hacia los «cangrejos» que, agrupados, lanzaban contra el vehículo sus inútiles rayos. Marchaban a velocidad reducida, ya que se sentían seguros y deseaban hacer el mayor daño posible al enemigo.

Lo hicieron. Los «cangrejos» eran presa segura para las explosiones nucleares de las balas humanas, bien dirigidas a sus cabezas y el espacio entre los ojos. La imposibilidad de utilizar la bazuka demoró la acción, pero el resultado era previsible. En pocos minutos, pocos enemigos quedaban «vivos» y estos pocos recibieron orden de retirarse. Los humanos se encontraron dueños del terreno, rodeados de restos de «cangrejos» que se desintegraban ante sus

ojos.

—¿Qué haremos ahora? —se apresuró a preguntar Betty, con su pensamiento puesto en Al.

—¿Qué es lo que tú sugieres que hagamos? —se permitió bromear Ilich.

—Buscar a Al.

—Pues eso es lo que vamos a hacer. Pero no pudieron hacerlo.

* * *

Al despertó sobre una cama. En un primer intento pensó que se hallaba en su propia cama, en su habitación de Charleston. Lo primero que le hizo dudar fue la temperatura. «Demasiado fresco para ser Charleston». Y entonces recordó todo.

No, no era Charleston.

Recorrió con la vista la estancia en la que se encontraba, bien iluminada por una invisible fuente lumínica. Era un cuarto de medianas dimensiones, amueblado como lo estaría un dormitorio de hotel, no demasiado lujoso, en la Tierra y en el siglo veinte. La cama era metálica y la ropa de tejidos sintéticos. Había un armario con luna, una mesa-escritorio, dos sillas y un sillón. Ninguna ventana, una puerta cerrada y, en alguna parte, un aparato que mantenía una temperatura, humedad y aroma muy agradables. «Y que funciona silenciosamente», se permitió ironizar Al, recordando su propio acondicionador de aire, que semejaba un hipopótamo asmático.

Se incorporó lentamente, para probarse a sí mismo que podía hacerlo, que la parálisis que se apoderara de sus miembros, ya había pasado. Y, en efecto, así era. Podía moverse con entera libertad. Saltó al suelo y se encaminó hacia la puerta. Como lo suponía, estaba cerrada por fuera.

«¿Dónde estoy?». Su último recuerdo era la pistola golpeando contra el suelo y él mismo cayendo en un pozo negro e insondable. Maquinalmente, buscó la pistola en su cintura. No la tenía, naturalmente.

Volvió a la cama y se dejó caer sobre ella. Curiosamente, se sentía animado. He conseguido lo que quería: estoy en la guarida del «cerebro». ¿Qué sería el «cerebro»? ¿Un ser humano? ¿Una gigantesca e insospechable computadora? ¿O un conjunto de

demoníacos seres humanos?

Se inclinó por esta última posibilidad. Seres humanos había, pues al menos él había visto uno. «Lo más probable es que el «cerebro» sea un grupo de seres humanos y una computadora».

Bien, era posible que pronto pudiera averiguarlo, pero ¿qué utilidad tendría ello para sus compañeros? Betty... A su mente llegó, urgente y doloroso, el recuerdo de la chica. ¿Estaría viva? Y él mismo, ¿viviría lo suficiente como para volver a verla? En cuanto a la misión, porque *había* una misión que cumplir, ¿podrían llevarla a buen término los otros? Quiso creer que sí, aunque su razón le decía que no, que no podrían. Que esos demonios, humanos o lo que fueran, eran excesivamente poderosos para ellos. Tenían ciudades que no existían, rayos invisibles que paralizaban, «cangrejos» que mataban. Tenían todo lo que podían necesitar para vencer, ¿qué podían hacer ellos con un bazuka y unos cuantos fusiles y pistolas nucleares? «Y yo, preso».

«¿Qué podremos...?» La puerta que se abría de improviso interrumpió el fluir cada vez más deprimente de sus ideas. Miró con apasionado interés. ¿Qué ser terrestre o extraterrestre, qué hombre o demonio iba a entrar por esa puerta?

Entró un hombre con aspecto muy normal y ropas muy anticuadas. Lo que muchos años antes se llamara en la Tierra «traje» cubría su cuerpo, usaba gafas y demostraba tener unos cuarenta años. Su aspecto general era el de un intelectual o un científico. Podía inspirar cualquier sentimiento, menos temor.

—Buenas tardes —saludó, en perfecto inglés.

No obtuvo respuesta, naturalmente.

—He venido tan pronto me comunicaron que había usted despertado —siguió el visitante, con el tono casual de un encuentro entre conocidos. Pero de sus palabras Al sacó una información: «Me vigilan. No sé cómo, pero me vigilan». Lo suponía, pero no dejaba de ser una mala noticia.

El otro seguía hablando.

—...aislados. No es fácil hablar con un congénere que no sea uno de nosotros —«Por lo menos, hay dos humanos aquí», pensó Al, ya que éste no era el que viera en la superficie—. ¿A qué se *dedicaba* usted en la Tierra? —preguntaba el visitante.

Al siguió en silencio, aunque dando al pretérito todo su fúnebre

significado. Se preguntaba por qué no le habrían matado. Por qué no le mataban de una buena vez.

—¿No tiene deseos de hablar? —el recién llegado se dio con la palma de la mano en la frente—. ¡Pero que poco cortés soy! Consecuencia directa del aislamiento en que vivimos, claro —Al no pudo menos que mirarlo—. He olvidado presentarme, le ruego que me disculpe. Soy Henri Whitalocke, inglés, físico nuclear y experto en astronáutica. Dejé nuestro planeta hace doce años, no sé si usted lo recuerda.

Al no lo recordaba —habían sido muchos los científicos que «desaparecían»— y siguió en silencio. Aunque lo hubiera recordado, habría continuado en silencio. El otro pareció caer en cuenta de su mutismo.

—¿No tiene deseos de hablar? Es natural, dadas las circunstancias...

Tanto «fair play» británico sacó de sus casillas al americano, haciéndole hablar, en contra de sus deseos.

—¿Qué pretenden ustedes? ¿Por qué hacen todo esto? ¿Por qué no me han matado?

El otro sonrió.

—Demasiadas preguntas, para ser contestadas con una sola respuesta, ¿no cree usted?

Como si estuvieran bebiendo el «five o'clock tea», en algún colegio mayor de Oxford o Cambridge. Al tenía que contenerse para no saltar encima del inglés y estrangularlo.

Y si lograba contenerse no era por motivaciones morales, sino porque se sabía vigilado por invisibles ojos. No abrió la boca. Pero se echó instintivamente atrás en la cama, cuando el otro llevó su mano derecha al bolsillo interior de la chaqueta. Whitelocke sonrió ampliamente ante su reacción de temor, sacando su mano que empuñaba, no una pistola, sino una cajetilla de cigarrillos terrestres.

—¿Le agradaría fumar? Nos vemos obligados a racionar los cigarrillos, pero creo que la situación justifica...

La tentación era excesiva para intentar resistirse. Al aceptó la invitación. Durante un par de minutos los dos fumaron en silencio. El americano recordó que le habían quitado el casco que cubría íntegramente su cabeza y se preguntó qué habrían hecho con él. Aunque de inmediato su maldita razón le hizo comprender que era

casi imposible que tuviera oportunidad de usarlo nuevamente.

—Quería saber usted cuáles son nuestros planes... Pues ya puede imaginarlos: hacernos con el dominio de la Tierra.

—¿Para qué? —se había propuesto no hablar, como una especie de resistencia pasiva, pero la curiosidad le traicionó.

El inglés sonrió ampliamente.

—Me alegra mucho su decisión de hablar. Estamos tan aislados aquí... —Al hizo un gesto de impaciencia y el otro correspondió con una sonrisa de disculpa—. Perdóneme. ¿Que para qué deseamos el dominio de la Tierra? Pues para organizaría de acuerdo a criterios racionales, naturalmente. Ya sabe usted como está aquello: multitud de países, diferencias de éste con aquél y de aquél con el otro, sufragio universal, etcétera, etcétera. Todavía se gobierna la Tierra con criterios del siglo XX. Tenemos que prepararnos para la conquista de todo el Universo. No podemos seguir permitiendo que sean los políticos y no los científicos quienes gobiernen el mundo...

Al había perdido interés en la disertación. Había escuchado esas estupideces hasta el hartazgo en las cápsulas de Historia con las que estudió en su adolescencia. Pero algo muy diferente era escuchar teorías periclitadas como parte de su formación humanística, a estar bajo el poder de un grupo de locos que querían llevarlas a la práctica y parecían tener el poder suficiente para hacerlo. Había algo que sí le urgía saber y se decidió a preguntarlo, interrumpiendo la perorata del otro.

—¿Por qué no me han matado?

Whitelocke pareció de repente sentirse incómodo.

No creo que debamos hablar de eso ahora...

¿Por qué no me han matado?

—Señor...

Al no se molestó en darle su nombre y el otro salvó el bache con una sonrisa.

—Es igual. Quería decir que preferiría que tuviéramos ahora una amable charla sobre temas generales y después me agradaría invitarlo a cenar conmigo. Entonces...

—¿Por qué no me han matado?

El otro hizo un gesto de rendición.

—Si insiste... Tengo que decirle que nos vimos obligados a matar a uno de sus amigos...

Con humano egoísmo, Al pensó en Betty y sintió que se le paralizaba el corazón.

¿Cuál... cuál de mis amigos?

—Uno rubio que vestía uniforme.

«Johnny», pensó Al. Exceptuándose a sí mismo y a Betty, era el único rubio del grupo. Tuvo un arranque de ira irracional.

—¡Maldito asesino! Te voy a... —se incorporó de un salto, dispuesto a matar, pero no llegó ni siquiera a ponerse de pie. De algún lugar surgió una fuerza invisible que lo echó con fuerza, pero sin excesiva violencia, sobre la cama.

—No se excite, amigo —dijo Whitelocke, con persuasiva voz—. Sigamos hablando como gente civilizada.

Furioso, pero consciente de su impotencia, Al permaneció en silencio, echado sobre la cama.

—Si quiere saber por qué no lo hemos matado, se lo diré, aunque no me agrade hacerlo. Lo necesitamos para que atraiga aquí a sus amigos.

Al lo miró desafiante.

—¡Usted está más loco aún de lo que yo creía, si supone que voy a traicionar a mis amigos!

El otro le sonrió con compasiva indulgencia.

—¡No me desilusione, querido amigo! —exageró—. No nos imagine tan atrasados como para no disponer de medios capaces de hacerle decir lo que nosotros queramos que diga.

Al supuso que el inglés no mentía. Hacía casi un par de siglos que en la Tierra se disponía de tales medios, ¿por qué no los iban a tener ellos? Se encerró en un hosco y desesperanzado silencio.

—Tenemos grandes planes para ustedes —seguía el otro—. Primero, como ya le he dicho, reunir a sus amigos con usted. Después les practicaremos una operación... ¿es usted científico por feliz casualidad?

Silencio por parte de Al.

—No, imagino que no. Un científico demostraría mayor curiosidad. Bien, tendré que explicarle en detalle lo que haremos con ustedes. La operación consistirá en extraerles el encéfalo —Al cerró sus ojos, para que el otro no viera el miedo reflejado en ellos —. Fíjese que he dicho el encéfalo y no el cerebro. Es que hemos encontrado necesario poseer todos los centros nerviosos para

nuestros experimentos. ¿Le he dicho en qué consisten? Me temo que no. Pues es muy sencillo… Quiero decir, sencillo para científicos como nosotros. Se trata de someter esos encéfalos (ya tenemos algunos) a radiaciones sigma programadas y modificadas por Walhausen, uno de nuestros colegas. El proceso consta de dos partes… ¿Le estoy aburriendo? —los ojos y boca de Al siguieron cerrados—. Espero que no. Como le decía, dos partes. En la primera, las radiaciones sustituyen las ideas, recuerdos, creencias, etcétera, que el encéfalo tratado poseía por lo que nosotros queremos que crea, piense y «recuerde» en adelante. Por poner un ejemplo, así podemos lograr que un negro ame a los blancos y odie a los de su raza, ¿no lo encuentra usted gracioso?

Hizo una pausa, como esperando realmente una sonrisa de Al, pero éste estaba más cerca de la náusea que de la alegría. Una náusea que ni él mismo podía saber si se debía al asco o al miedo…

—…harán todo lo que les ordenemos —seguía el inglés—, y lo harán porque es lo que ellos quieren realmente hacer. En una segunda fase, por supuesto antes de ser trasplantados a seres humanos, lograremos… bueno, el profesor Walhausen es quien lo conseguirá, que esos encéfalos tratados se «reproduzcan»… —Al abrió los ojos, Whitelocke sonrió—. Le asombra, ¿verdad? Pues ya lo ha logrado el profesor en animales de laboratorio. No será más difícil en seres humanos. Así, con relativamente pocos encéfalos, podremos «inseminar» millones y millones de seres humanos —miró con triunfal expresión a Al, diciendo—: Nosotros haremos realidad la antigua utopía de «Un mundo feliz».

Una siniestra curiosidad se apoderó de Al y no dudó en traducirla en palabras:

—Una vez nos hayan descerebrado, o como se diga lo que pretenden hacernos, ¿qué harán con lo que quede de nosotros?

La sonrisa de disculpa volvió al correcto rostro de Henry Whitelocke, científico. —No hablemos de eso… —Quiero saberlo.

—En realidad, ¿qué importa lo que se haga con un cuerpo sin encéfalo? —Quiero saberlo.

—Pues… —la sonrisa de disculpa se acentuó mucho más—. Entregaremos los cuerpos de ustedes a nuestros robots. Es muy curioso, tratándose de robots, pero su alimento preferido son los seres vivos, humanos o no. Muy curioso, ¿no lo cree usted así?

CAPITULO VIII

Había que tomar una decisión inmediata. La superioridad de los amos de Ulkus era evidente. Ya había muerto Jhonny y los otros morirían sin remedio de uno en uno o todos a la vez. Si estuvieran todos juntos... Lo que acababa de ocurrírsele era muy arriesgado, ¿y si sus amigos tenían alguna posibilidad de éxito? Cuánto habría de verdad y cuánto de «farol» en la seguridad de ese loco que tenía ante sí?

—Estoy seguro de que mis amigos acabarán con usted y sus malditos amigos —dijo Al de improviso.

Sorprendido, el otro le lanzó una rápida mirada.

—¿Pero qué dice? —articuló finalmente—. Podemos matar a sus amigos en el momento que queramos, si no lo hemos hecho antes es porque preferimos hacernos con sus encéfalos intactos...

—Demuéstreme que lo que me está diciendo es verdad.

Whitelocke sonrió fríamente durante poco más de un segundo y después dijo:

—Venga conmigo.

La puerta se abrió silenciosamente ante ellos y salieron a un corredor blanco y bien iluminado, que a Al le recordó el de un hospital. Descendieron un tramo de escaleras y por fin llegaron ante una puerta blindada que, como la de la habitación, se abrió ante ellos. Los dos penetraron en una amplísima estancia de bajo techo, donde tres humanos controlaban lo que parecían ser terminales de computadoras. Whitelocke se dirigió al más próximo.

—¿Tienes a los humanos, Ben? —le preguntó. El aludido asintió con un movimiento de cabeza y Whitelocke hizo a Al señal de que mirara la pantalla. Este hizo lo que se le indicaba y, con la imaginable emoción, vio a los tres sobrevivientes en el interior del todo-terreno, con sus armas listas y en actitud expectante. «Siguen esperando mi regreso», pensó.

—Este amigo no cree que podemos eliminarlos en el momento que lo deseemos —dijo Whitelocke a Ben, señalando a Al y agregó —: Demuéstrale que no exagero, por favor.

El llamado Ben, un moreno de unos cincuenta años y desagradable aspecto, oprimió primero un botón y después otro. Ante los horrorizados ojos de Al, la imagen del ordenador mostró

lenguas de fuego que, lentamente, se acercaban al vehículo.

—Son capaces de licuar rocas esos chorros de fuego… —bisbiseó Whitelocke.

—¡Basta! ¡Detengan ese horror, haré lo que me pidan!

El científico hizo un gesto al operador y éste volvió a apretar botones. El fuego desapareció y la imagen mostró a los tres ocupantes del todo-terreno mirando en todas direcciones, como en espera de un nuevo horror que acabaría con ellos.

—Hábleles —dijo Whitelocke a Al, señalando un micro situado junto a la pantalla—. Dígales que penetren en la ciudad sin vehículo y sin armas. Nosotros nos encargaremos de todo. Le doy mi palabra de que tendrán una muerte indolora e inmediata.

¿Estaremos juntos hasta el momento de morir? Whitelocke sonrió, comprensivo.

—Estarán juntos, se lo prometo.

Al hizo lo que se le pedía. Vio los desconcertados rostros de sus amigos mirando hacia todos lados, en busca del invisible amplificador y vio también los comentarios entre ellos, adivinando su contenido: «No creen que sea yo, piensan en otra estratagema de estos demonios».

—Haz lo que te digo, Betty —insistió—. Estos hombres pueden mataros ahora mismo. Tal vez muramos de todas maneras, pero al menos moriremos juntos. Si salimos vivos, te prometo no volver a salir con Gerry.

Dijo esto porque sabía que convencería a Betty. En efecto, ella se volvió a sus compañeros y habló muy excitadamente. Ilich y Peter, aunque dubitativos, asintieron con la cabeza.

Quince minutos más tarde, los cuatro estaban reunidos en una habitación más grande que la destinada anteriormente a Al. Este abrazó muy estrechamente a Betty y después a los otros. Por fin, calmadas en segundos las primeras emociones, habló el muchacho:

—Como ya imaginaréis, todo lo que aquí se diga es escuchado por nuestros enemigos. Hecha esta aclaración, os explicaré por qué os he pedido que os entregarais —relató los planes de sus captores, suprimiendo los horrores que más podían conmover a Betty.

Mientras hablaba, intentó y logró establecer comunicación visual con Ilich. Sabía que eran escuchados y vistos, pero tenía que correr ese riesgo. Sus ojos intentaban pedir a Ilich que se mantuviera listo

para la acción. Una acción que, por supuesto, ni él sabía en qué podía consistir.

Durante algo más de una hora hablaron de temas generales y sólo demostraron el nerviosismo que los dominaba fumando sin cesar. Sin que pudiera despertar sospechas en los observadores, Al cuidó de mantenerse próximo a la puerta. Aunque no pudiera tener el más mínimo atisbo de plan de acción, estaba más que convencido que cualquier intento tendría que materializarse a través de esa única comunicación con el exterior.

Por fin, su impaciencia fue recompensada. La puerta se abrió, tan silenciosamente como siempre, y un «cangrejo» portando una bandeja con alimentos entró en la habitación. Un segundo «cangrejo» quedó en el exterior, evidentemente cumpliendo funciones de vigilancia.

Al conocía muy bien la potencia mortífera del rayo que podía salir de los ojos de esos monstruos-robots, y también era consciente que, de actuar, ponía en grave peligro la vida de los otros, pero no dudó. Sin comunicar visualmente sus intenciones a sus compañeros, porque no tenía tiempo para hacerlo, gritó: «¡Cuidado!», y se lanzó al pasillo, sorteando al «cangrejo» que en esos instantes pasaba junto a él. Deliberadamente, se echó al suelo y rodando cayó sobre el otro robot que, sin poder recibir adecuadas órdenes, cayó pesadamente al suelo, provocándose serios desperfectos.

Pero cuando esto ocurrió, ya Ilich había empujado violentamente por la espalda al «cangrejo-camarero» que, como su compañero, se inutilizó en el choque violento contra el suelo de cemento.

—!Vámonos de aquí —gritó Ilich, y los tres salieron a la carrera, mientras la puerta comenzaba a cerrarse.

Aunque Peter casi queda aprisionado entre la hoja metálica y el dintel, pudo zafarse con la ayuda de Betty y los cuatro se reunieron en el pasillo.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Ilich a Al.

El aludido hizo un gesto de impotencia.

—Lo único que conozco es una sala de ordenadores —dijo, agregando—: Pero lo que nosotros necesitamos son armas, no ordenadores.

Sabiendo que la escalera descendente del extremo izquierdo del pasillo conducía a los ordenadores, decidieron seguir la dirección

contraria. Al final del corredor, se encontraron con una escalera que ascendía. Pasaron ante dos puertas cerradas, antes de llegar a ella, pero no intentaron abrirlas, ya que sabían que se accionaban electrónicamente. Comenzaron a ascender la docena y media de peldaños a la carrera, pero Ilich refrenó los excesivos impulsos.

—¡Despacio! —exigió—. El enemigo sabe de nuestra huida.

Al fue el primero en asomar su cabeza por el rellano superior.

—Parece tratarse de un almacén. No hay nadie a la vista —informó a los otros.

Eran buenas noticias. Los cuatro ascendieron hasta el piso superior. Se encontraron en un inmenso espacio cubierto, donde se apilaban cajas y cajas de desconocido contenido.

—Si esas cajas contuvieran armas… —deseó Peter.

Pero no tuvieron tanta suerte. Se trataba de lo que Ilich opinó serian partes constitutivas de robots. Abrieron otras cajas, encontrando materiales diversos, pero nada que sirviera como arma.

Los nervios les aguijoneaban. Eran conscientes de que cada minuto, cada segundo, que pasaba, era una aproximación importante hacia la muerte. Todos corrían de una pila a otra, abriendo cajas febrilmente. En una de estas carreras, Peter vio una abertura amplia de comunicación, situada en un extremo del almacén, y que antes ninguno del grupo pudo ver por estar oculta tras las pilas de material. La atravesó siempre a la carrera y se encontró en un garaje. Había varios pequeños vehículos, no demasiado diferentes del todo-terreno. Pensaba qué utilidad podrían brindarle esos medios de locomoción, cuando descubrió que entre ellos estaba aparcado el propio vehículo, del que se apoderaron los robots cuando ellos se rindieron. Conteniendo la respiración y hasta los latidos de su enfebrecido corazón, corrió a mirar en su interior.

Las armas que habían abandonado aún estaban allí.

Llamó a gritos a los otros. En menos de un minuto, la situación había dado un vuelco. Seguían estando en tremenda inferioridad de condiciones con relación al enemigo, pero ahora tenían armas.

—¿Nos montamos en el todo-terreno e intentamos salir al exterior o damos la batalla aquí dentro? —preguntó Ilich bazuka en mano.

—Aquí dentro es donde, sin lugar a dudas, se halla el «cerebro» —dijo Al y eso puso fin al cambio de ideas.

—Deben haber pasado tres minutos desde que atacáramos a los robots —comentó Peter—. ¿No es extraño que el enemigo no dé señales de vida?

—Esto es *su* garaje y *su* almacén —contestó Ilich—. No debe extrañarnos que no tengan aquí sus sofisticados sistemas de detección y hasta de ataque. Nos estarán esperando en lugares más favorables para ellos. Y tampoco hay que olvidar que «prefieren» cogernos vivos.

Mientras hablaban, fueron acercándose a la escalera por la que habían llegado.

Era la única comunicación que se brindaba a sus ojos, aunque era obvio que el garaje tenía que tener conexión con el exterior. Pero ellos no querían salir al exterior, sino descender más aún en ese subterráneo, para dar con el «cerebro».

El centro de operaciones no puede estar lejos de la sala de ordenadores —opinó Al—. Creo que, ahora que estamos armados, podríamos iniciar la búsqueda por ella.

—Buena idea —apoyó Ilich, encabezando el descenso por la escalera.

No llegó al piso inferior. Cuando su pie se posaba sobre el penúltimo peldaño, un verde y zigzagueante rayo mortífero pasó ante sus ojos y chocó contra la pared opuesta.

—¡Ya tenemos aquí a los «cangrejos» — anunció a los otros, aplastándose contra la pared más próxima.

—¿Dispararás el bazuka? —susurró Al junto a él.

—No —respondió Ilich en el mismo tono—. El espacio es muy reducido y la explosión nos alcanzaría a nosotros. Pásame tu fusil.

El muchacho hizo lo que se le pedía y el ruso comenzó a disparar a ciegas. No podía arriesgarse a sacar la cabeza para mejorar su puntería.

—Dame tu fusil —pidió Al, a su vez a Betty.

Entonces fueron dos los que disparaban sin ver. Aunque calculando la altura a la que podrían estar los ojos de los cangrejos. Ojos que seguían enviando rayos para sacar chispas de la pared más alejada. Y la vista de esos rayos, que chocaban contra la pared siempre a la misma altura, dio una idea a Al. Era evidente que a los robots se les ordenaba apuntar a la altura del pecho de un ser humano de altura normal. Ni más arriba, ni más *abajo*.

Se puso en cuclillas sobre el penúltimo peldaño y, muy cuidadosamente, sacó la cabeza lo imprescindible para mirar. Pudo ver a cuatro «cangrejos» lanzando sus rayos. Lo demás fue fácil. Sin vacilar, se echó hacia adelante cuerpo a tierra y disparó cinco, seis, siete veces, su velocísimo fusil nuclear. Un tirador mejor que él hubiese necesitado sólo cuatro disparos, en tanto que él necesitó siete, pero al cabo de ellos los cuatro robots habían quedado inutilizados totalmente y comenzaban a desintegrarse.

—Adelante —dijo Ilich, mientras palmeaba admirativamente el hombro de Al.

Recorrieron el pasillo sin contratiempos y descendieron el tramo de escaleras que antes recorriera el americano. Al llegar abajo, se encontraron con una desagradable sorpresa: el camino a la entrada de la sala de ordenadores estaba cerrado para ellos por una tupida red de rayos láser que iban de pared a pared y de piso a techo.

Ilich, que encabezaba la marcha, se detuvo e hizo retroceder a los otros. Furiosos, regresaron al piso superior.

—Nunca podremos atravesar esa barrera de rayos —se quejó Peter.

—Yo creo que estamos cerca del triunfo —dijo de repente ! Al, y los otros lo miraron sorprendidos.

—¿Qué quieres decir?

—Por los motivos que sea, pienso que aquí en su cuartel general, los enemigos no estaban preparados para repeler un ataque. Tienen muy pocos «cangrejos» y muy pocos elementos de defensa...

—Por eso esos rayos que paralizan nuestro avance... —objetó Peter.

—Esos rayos pueden ser el último obstáculo que nos opongan.

—Un obstáculo que no sé cómo podremos superar —dijo Ilich.

Al le miró a la cara.

—Yo sí lo sé —dijo.

¿Cómo?

Con una de tus granadas.

Pero eso puede poner en peligro nuestras vidas...

Es un riesgo que tenemos que correr.

—Retroceded al otro extremo del corredor —se rindió Ilich.

Mientras Betty, Al y Peter retrocedían. Ilich extrajo una granada de la bazuka, se echó cuerpo a tierra y la arrojó por el hueco de la

escalera.

La explosión fue terrible. Volaron trozos de cemento de las paredes y uno de ellos hirió levemente en la mejilla al ruso. El humo y el polvo lo ennegrecieron todo y los humanos llegaron a temer que se desmoronara el techo sobre sus cabezas. Pero todo quedó en grietas en paredes y techo. Un par de minutos más tarde, tiempo que los cuatro ocuparon en salir del *shock* que la explosión les provocara, comenzó a clarificarse el ambiente y pudo verse algo a través de las nubes de polvo.

Con los ojos enrojecidos y llorosos, los cuatro descendieron los destrozados peldaños.

Abajo todo era destrucción. Paredes resquebrajadas, polvo y humo por todas partes y la puerta blindada que llevaba a los ordenadores arrancada de sus goznes y caída. Con las armas listas, los cuatro prosiguieron su avance. Los ordenadores estaban destrozados y pudieron ver los cadáveres deshechos de al menos dos de los operadores. En el extremo opuesto de la estancia había una puerta también blindada y que no parecía haber sido afectada por la explosión. Se encaminaron hacia ella.

—Creo que tras esta puerta está el «cerebro» —dijo Al y los otros estuvieron de acuerdo.

—¿Cómo haremos para entrar? —quiso saber Betty.

—Supongo que un par de disparos de fusil serán suficientes —respondió Ilich—. De no ser así, lanzaré otra granada.

Se necesitaron cuatro disparos de fusil para superar el blindaje pero, finalmente, la puerta cedió.

—Entraré yo solo —anunció Ilich, pero Al se opuso firmemente.

—Entraremos los dos —dijo. .

Cargando todo el peso de su cuerpo sobre ella, el ruso consiguió abrir la puerta el espacio suficiente para poder pasar. Lo hicieron los dos con sus fusiles apuntando al frente.

Tres humanos, Whitelocke, el tercer operador y un desconocido, se ofrecieron a su vista. El desconocido tenía una pistola en su mano e intentó disparar, pero Al fue más rápido. A la vista del cadáver de su compañero, Whitelocke y el operador alzaron sus manos, al tiempo que Betty y Peter entraban en la estancia.

—¿Hay más seres humanos aquí? —preguntó Ilich y los otros dos movieron negativamente sus cabezas.

Al estaba desconcertado y confundido. ¿Sería Whitelocke el «cerebro»? No lo creía. Tampoco que lo fuera el operador. Quedaba el muerto desconocido, pero…

—¿Quién ha planeado y ejecutado todo este demoníaco plan? —preguntó a Whitelocke.

El inglés no demostró tener la intención de responder a la pregunta, por lo que el americano le puso el cañón de su fusil en el pecho.

—No soy tan bien educado como usted, Whitelocke —dijo—. O contesta dé inmediato o lo mato.

—Los americanos tienen dólares, no educación…

—También este americano tiene un fusil nuclear en sus manos. Tiene un segundo, Whitelocke.

Estaba decidido a cumplir su amenaza y el otro lo sabía.

—No dispare —dijo con voz ronca.

—¿Y bien? —exigió Al, bajando tan sólo unos centímetros el cañón.

—Vengan conmigo.

Se dirigió a la parte posterior de la habitación, deteniéndose ante un sector de pared de hormigón aparentemente tan lisa y compacta como el resto. Del bolsillo de su chaqueta extrajo un mando a distancia y presionó diversos botones. Un sector de la pared giró suave y lentamente sobre sí misma.

Entraron a lo que parecía un laboratorio entre químico y físico. Había numerosos frascos cuyos contenidos no podían determinar con precisión los visitantes ya que la luz era muy tenue y escasa. Los frascos estaban unidos entre sí por cables que convergían en un panel central que ocupaba toda una pared de no menos de tres metros de largo. Extendiendo su índice, Whitelocke señaló los frascos.

—Ahí tienen la explicación —dijo.

Todos intentaban acomodar sus ojos a la penumbra reinante.

—¿Qué contienen esos frascos? —urgió Al.

El rostro de Whitelocke se contrajo en una mueca que pudo haber querido ser una sonrisa. —Cerebros —dijo.

—¿Cerebros? —se interesó Peter, en tanto Betty reprimía un gesto de horror.

—Sí —afirmó el inglés, con tono de desafío—, cerebros. Los

cerebros más lúcidos de la Tierra. Mantenidos en total y perfecta actividad nerviosa por métodos que inventaron mis gloriosos antecesores.

Ilich empezaba a comprender.

—¿Esos cerebros pertenecen a los científicos que desaparecieron de la Tierra en estos últimos siglos? —preguntó.

Whitelocke afirmó con la cabeza.

—¿Todos ellos estuvieron aquí? —quiso saber Peter.

—No. Todos fueron invitados, pero no todos aceptaron la invitación.

—Pero aun los que no aceptaron la invitación están aquí, ¿verdad? —se indignó AI. El inglés volvió a asentir en silencio.

—¡Malditos asesinos! —se exaltó el americano—. Asesinaron y se hicieron con los cerebros de los científicos que se negaron a secundar sus planes de exterminio…

—¿Planes de exterminio? —reaccionó Whitelocke—. Planes para hacer de la Tierra un planeta líder del Universo. Un planeta unido y uniformado en una tarea común. Todos los seres humanos marchando en una sola dirección para dominar el Universo entero. El sueño de los dioses…

Ilich ya estaba harto y tenía otra pregunta que hacer.

—El sueño de todos los estúpidos tiranos que en la Tierra han sido —le interrumpió, agregando—: ¿Cómo es que esos interminables ejércitos de robots no han acudido en su ayuda?

El inglés pareció encogerse en sí mismo. Miró a sus enemigos con odio.

—La explosión de vuestra maldita granada destruyó todos nuestros equipos de comando. Ilich miró satisfecho a sus amigos.

—Se acabaron los «cangrejos», las serpientes verdes y…

—Y la ciudad que no existe —interrumpió Al. Los otros se le quedaron mirando—. Ya os contaré —dijo el muchacho—. De momento, es mejor que volvamos a casa.

* * *

White Springs seguía siendo un lugar casi idílico. El rio —ahora con algo más de agua— seguía descendiendo de la montaña y la vegetación seguía siendo tupida junto a sus orillas, no así en el resto

de la meseta, en la que era más ' bien árida y rocosa.

Había pasado más de un mes desde que Betty y Al, junto con Ilich y Peter, y llevando prisioneros a Whitelocke y al operador, regresaran a la Tierra. El ruso había tenido que someterse a una corte marcial acusado de deserción, robo de una nave y daños en otras. Los delitos hubieran conducido a más de un acusado ante el pelotón de ejecución, pero en este caso lo condujeron hasta el dirigente máximo de su país, quien le impuso la medalla de Héroe de la Unión Soviética. , Una condecoración equivalente —la Medalla del Congreso— se concedió a Johnny post-mortem. Peter se hizo famoso contando la aventura ante las cámaras de la totalvisión mundial y preparaba un libro destinado a convertirse en un best-seller.

En cuanto a Al, que a la sazón apoyaba su cabeza sobre los muslos de su novia...

—Al... ¿Qué es eso?

Somnoliento, el muchacho alzó sus ojos en la dirección que Betty le señalaba. Primero con indiferencia, después con asombro y por fin con terror, comprendió que se trataba de una nave espacial que muy velozmente se dirigía hacia ellos. Se levantó de un salto, cogiendo las manos de la sorprendida chica.

—¡Vámonos, Betty! —exigió. —¿Pero por qué?

—Porque si esa nave espacial viene a buscarme para otra misión... Bueno, que aún no he conseguido el contrato de la Harvester y, si no lo consigo, no hay boda.

Más veloz que el rayo, Betty se levantó y le siguió en su desenfrenada carrera.

«No volveré a beber una gota de alcohol en mi vida», se iba diciendo Al mientras corría.

La noche anterior había vuelto a soñar con demonios y marcianos.

FIN

* * *